EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL NOVIO DE SU MUJER,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1872.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
Á tal amo tal criado	1	Todo.
Al que se hace de miel	1	Id.
D. Ramon de la Cruz	1	Id.
El amor y la astucia	1	Id.
El barómetro	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones	1	Id.
La petaca	1	Id.
La verdadera nobleza	1	Id.
La astucia de un andaluz	1	Id.
Nubes	1	Id.
Pobres y ricos	1	Id.
Receta para casarse	1	Id.
Un hombre comprometido	1	Id.
Un momento de locura	1	Id.
Una perra y un gato	1	Id.
Amor, honor y poder	3	Id.
El testamento de Acuña	3	Id.
La astucia de un asistente	3	Id.
La mosca blanca	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía	3	Id.
Los dulces de la boda	3	Id.
Los niños grandes	3	Id.
Odio y amor	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)	1	L. y M.
Cuatro demonios y un cabo	1	Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!	1	L. y M.
Tamberlik, Mario y Latorre	1	L. y M.
Un sevillano en la Habana	1	Id. Id.
=Tocar el violon	1	Libro.
El marino	2	L. y M.
=¡El Teatro en 1876!!	2	Libro.

TÍTULOS.	Actos.	P co
Los dragones	2	I
Justos por pecadores	3	I
Un lio entre dos castaños		T
La feria de las mujeres	3	I
La escala de la ambicion	3	I
El Caballero de Gracia	3	I
=Perla. (Zarzuela.)	1	L
La peluca de mi mujer	1	T
La fuerza de la conciencia	3	I
Un empréstito forzoso	1	I
Agustina la cantinera	1	I
La Vírgen del Amparo	2	I
Tres al saco	1	I
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L
Amor y caridad	1	T
Amor paternal	3	I
La tarde de Noche-buena	3	I
La caja de Pandora	3	I
Los zapatos de baile	1	I
Intriga y amor	4	I
El miedo guarda la viña	3	I
El justo medio		I
La Rubia	1	I
Obrar bien, que Dios es Dios.	2	I
Batalla de Ninfas	4	I
El prisionero cristiano	1	I
Un bello ideal	1	I
Llegó la hora!!	1	I
El nacimiento del Mesías	4	I
El primer dia feliz	3	M
Alma por alma	1	T
Patria	1	I
Nicolás Rienzi	3	I
El novio de su mujer	3	I
La mujer compuesta	3	I

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisio se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

EL NOVIO DE SU MUJER.

EL NOVIO DE SU MUJER,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenada en el Teatro del Circo el dia 28 de Febrero de 1872.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA.................	D.ª MATILDE DIEZ.
ELISA...............	CAROLINA GILLY.
MANUEL.............	D. MANUEL CATALINA.
EL VIZCONDE.	JULIAN ROMEA.
PEDRO.	MARIANO FERNANDEZ.

La accion pasa en Villaviciosa.

ACTO PRIMERO.

Sala de una casa de campo. Puerta en el fondo y laterales. Á la izquierda, en segundo término, una ventana practicable; por la parte de la huerta, se supone que está inmediata la campana para dar la hora á los trabajadores; consolas, sillerías, cuadros de familia en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO.

(Se supone que habla desde la ventana.)
Ya te he dicho que no saltes
por la ventana, y van dos;
ea, á tocar la campana.
No te hagas el remolon.
Yo no he visto un jardinero
que cuide el jardin peor:
ni que beba más en toda
Villaviciosa de Odon.
Es preciso despedirle,
se lo diré al ama hoy;
y eso que la señorita
tiene muy buen corazon;
¡y el pícaro de su esposo
que hace años la abandonó!
¡Qué mal hombre! Una muchacha

que es más hermosa que un sol:
no le conozco, y me alegro
no conocer á un bribon.

ESCENA II.

PEDRO y ELISA, izquierda.

ELISA. Pero, Pedro, por lo visto
estás hoy de mal humor?
PEDRO. No señora.
ELISA. No hay escape,
tú alzabas mucho la voz.
PEDRO. Regañaba al jardinero,
que no hace su obligacion,
y saltó por la ventana
al jardin.
ELISA. Ántes llegó.
PEDRO. Como es tan baja, él ha dicho:
«hágote puerta.» Es atroz.
ELISA. Pues no ha sido él el primero
que la convirtió en porton.
PEDRO. Luégo destroza la huerta,
y ya derriba una col,
ó arranca seis calabazas
cuando busca algun melon.
Si fueran para el Vizconde
ménos mal.
ELISA. Ya se las doy.
PEDRO. Lo que es á ese señorito,
que se ha vuelto tan moscon,
el que va á limpiarle el polvo,
y pronto, voy á ser yo.
Aquí cuido de la casa,
y de usted, que es lo mejor,
y no permito que nadie
entre á manera de huron;
y lo que hice ántes de anoche
con un ratero precoz
que entraba á robar las uvas,
lo haré con ese señor.
ELISA. ¿Qué hiciste?

PEDRO. Yo sospechaba
que entre la una y las dos
venian por la merienda
escalando el paredon;
me escondí detrás de un árbol,
apenas la una dió,
armado con el garrote
que me sirve de baston.
Á poco rato ví un bulto,
que en la pared se montó,
salió la luna; era un chico,
el hijo del herrador;
bajó al suelo, y casi á gatas
y con toda precaucion
echó á andar hácia la viña
más que una liebre veloz.
Yo le seguí, y cuando estaba
recogiendo su racion,
le solté el gran garrotazo
en donde pude mejor.
Dió un chillido y echó á escape
y por la pared trepó,
tanto, que el segundo palo
se lo aticé al paredon;
y cuando ya se marchaba
quejándose del dolor,
yo le decia muy fino,
«vuelve por uvas, pichon!»
Pues bien; el dia ó la noche
que ese jóven seductor
ú otro cualquiera que venga
con depravada intencion,
se propase en lo más mínimo
y diga á usté «allá voy,»
le suelto el mismo regalo
que al hijo del herrador;
y cuando vaya corriendo
rota una costilla ó dos,
le diré entónces muy fino,
«vuelve por uvas, pichon.»
ELISA. Me harás reir.
PEDRO. Yo conozco

al malo por el olor;
sólo por la pinta acierto
si un hombre es buen pez ó no.
Ahí tiene usté á doña Julia,
pues sin ser un Salomon,
se ve que es una señora
de talento y buen humor.
No he visto viuda más lista;
de ella enamorado estoy:
si está aquí todo el verano
va ser una diversion.
Salió á misa y aún no ha vuelto.

ELISA. Pedro, te repito hoy
lo que te he dicho cien veces
y bien claro, en español,
que el ser tan brusco y arisco
es falta de educacion.
Así saliste de casa.

PEDRO. Y cometí el gran error
de irme á América creyendo
que iba á hacer un fortunon.
Cuando ya desengañado
volví á España en el vapor,
supe que estaba usted sola
y la dije «aquí estoy yo.»
Si yo hubiera adivinado
lo que pasó no me voy.

ELISA. Por qué?

PEDRO. Y usted no se casa...

ELISA. No?

PEDRO. Con el que se casó.
Porque hubiera averiguado
su genio y su posicion,
y se lo hubiera á usted dicho
ántes que á mi confesor
para que no se casase,
evitándose el sofion
de que al año de casada
la dijera á usted «adios.»
Debia ser hombre malo,
calavera, jugador...

ELISA. Ten en cuenta que es tu amo

y que yo su esposa soy,
y que al faltarle al respeto
me faltas á mí.

PEDRO. Perdon.

ELISA. Que no vuelva á repetirlo.
¿Y el correo aún no llegó?

PEDRO. Sí señora, qué cabeza!

ELISA. Te has vuelto muy hablador.
(Entregándole cartas y periódicos.)
Son periódicos y cartas.

PEDRO. No está usté enfadada?

ELISA. No.
Que á nadie recibo.

PEDRO. Bueno.
Me marcho.

ELISA. Vete con Dios.

PEDRO. (Pues nada, al que se propase
el trancazo se lo doy,
pero le diré muy fino
«vuelve por uvas, pichon.»)
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

ELISA.

Á ver las cartas? De Adela.
«Al fin dió luz mi primito,
»nos casamos muy prontito.»
Bueno, que enciendan la vela.
De Petra. «Ántes que concluya
»este mes nos separamos;
»mi esposo y yo nos odiamos.»
Estos apagan la suya.
De mi agente. «Amiga mia,
»los negocios van muy mal.
»Bolsa en baja.» Es natural,
se va quedando vacía.
Pues trueno si sigue así.
Posdata.—Muy reservado.
«Segun me han asegurado
»su esposo de usté está aquí.» (Se levanta.)
Cómo! En Madrid mi marido?

«Su esposo de usté...» eso leo
»dicen que estaba en paseo
»y vuelve desconocido.
»Que trae la barba corrida!»
Será una equivocacion.
«Que cambió de condicion
»y dejó la mala vida.»
—Aún no lo quiero creer...
«Dicen que se ha arrepentido
»y que con nombre fingido
visitará á su mujer.»
—Pues apenas se presente
le digo... sé que eres tú,
Manuel, no me hagas el bú;
dí quién eres francamente.
Ay! Tengo ya una ansiedad...
«Por supuesto aviso á usté
»que es noticia de café,
»y puede no ser verdad.»
—Siento un gozo, una alegría:
¿conque al fin vuelve á mi lado?
Sin embargo, bien mirado
yo despreciarle debia.
El infiel me abandonó;
quince años ha estado ausente:
mas si al cabo se arrepiente,
señores, qué he de hacer yo?
Tambien se casó muy niño,
y aquello fué una niñada;
yo me casé enamorada
y aún me dura aquel cariño.
Pagar amor con amor
no hemos de hacerlo jamás
que siempre queremos más
al que nos trata peor.

ESCENA IV.

ELISA, PEDRO y el VIZCONDE, por el fondo.

PEDRO. Señora?
ELISA. Quién?

PEDRO. El Vizconde
quiere ver á usted.
VIZC. (Entrando.) Felices.
Hombre, yo soy de la casa,
no es necesario que avises.
PEDRO. Vuélvase usté atrás.
ELISA. (Tendiéndole la mano.) Vizconde...
VIZC. Buenos dias.
PEDRO. (Habrá títere!)
Pues las órdenes del ama
francamente han de cumplirse,
y me sobran á mi puños
si alguno se me resiste.
VIZC. Ya gruñe el perro de presa.
ELISA. Vete.
PEDRO. Ya me voy. (Lo dije,
este viene aquí por uvas
y yo voy á sacudirle.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA V.

ELISA y el VIZCONDE.

VIZC. Y Julia?
ELISA. Buena; ha salido.
VIZC. Hace un calor insufrible. (Ss sientan.
ELISA. (No diré nada á este necio;
quién fia de parlanchines.)
VIZC. (Juego el todo por el todo,
y ó me acepta ó me despide.)
Usted siempre tan hermosa.
ELISA. Mil gracias. (Es muy posible
que venga hoy mismo fingiendo
que es un negrero de Chile.)
VIZC. La encuentro á usté muy risueña.
ELISA. (Lo que voy á divertirme.)
VIZC. (Creo que este es el momento.)
ELISA. (Mi placer no tiene límites.)
VIZC. Pues bien, Elisa, es preciso
que usté al cabo se humanice.
ELISA. (Fingiré que estoy furiosa

y que me ahoga la bilis.)

VIZC. Yo la amo á usté con delirio
porque soy muy combustible.
(Está pensativa, bravo!
Eso es que no se decide.)

ELISA. (Y luégo me echo á reir.)

VIZC. (Bien, la he hecho gracia y se rie;
esto marcha.) Usted, Elisa,
no tiene entrañas de tigre
y aceptará mi cariño,
que ha de ser inextinguible.

ELISA. (Si yo fuese á sorprenderle...
eso tendria más chiste.) (Levantándose.)
El coche para Madrid
no sale á las dos y quince?

VIZC. Justo. Piensa usted marcharse?

ELISA. No seria muy difícil.

VIZC. Yo iré tambien, me han escrito
que el Ministerio está en crísis.

ELISA. (Pero no, qué tontería!
Debo aguardarle á pie firme.)

VIZC. El sol á las dos abrasa
y es cosa de derretirse;
hay diligencia á las ocho
y esa es hora preferible,
y corre más el ganado
y corren auras sutiles...
(Y yo que soy tan corrido
sabré correrme. Sublime!)
Voy á buscar los billetes.

ELISA. No me marcho. (Volviendo á sentarse.)

VIZC. (Dí en el item;
eso es que me tiene miedo;
digo, si seré temible.)

ELISA. Pero usted puede marcharse.

VIZC. Á qué?

ELISA. Ya dí en el intríngulis.

VIZC. Si usted no me quiere, Elisa,
me muero.

ELISA. De qué? De tísis?
Sabe usted que soy casada
y que mi marido aún vive.

VIZC. Pero en América ha habido
una epidemia terrible.
ELISA. ¿Quiere usted dejarme viuda?
VIZC. Yo no? Si Dios lo permite,
qué hacer?
ELISA. Volver á casarse.
VIZC. Conmigo?
ELISA. Todo es posible.

ESCENA VI.

DICHOS y JULIA, por el fondo.

JULIA. Ya estoy de vuelta.
ELISA. Y con daño,
pícara.
JULIA. Vas á reñirme?
Vizconde?
VIZC. Á los pies de usted.
ELISA. Corretona.
JULIA. Oye y decide:
he visto á la Cármen Pié.
Su situacion es muy triste,
se fué á Ultramar su marido.
ELISA. Como el mio.
JULIA. Idem per idem:
mas se ha casado en secreto,
y en eso estriba el busílis;
yo he escrito á un amigo, agente
de matrimonios civiles.
VIZC. Qué amable es usted!
JULIA. Vizconde,
las viudas para eso sirven.
ELISA. (Tengo que hablarte.)
JULIA. Principia.
ELISA. (Señalando al Vizconde.)
Estorba.
JULIA. Se le despide.
Vizconde, Elisa quisiera
un ramito de jazmines.
VIZC. Bajaré al jardin á hacerlo,
si el mastin no me lo impide.
ELISA. Mil gracias.

VIZC. Pondré claveles.
y heliotropos y alhelíes;
va á ser un ramo simbólico.
(Pues señor, ya no resiste.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

JULIA y ELISA.

JULIA. Qué moscon!
ELISA. Qué le he de hacer;
ya sabes que tuve apuros
y me prestó tres mil duros.
JULIA. Es cosa de agradecer.
ELISA. (Dándole la carta.) Lee.
JULIA. Leo.
ELISA. Pero aprisa.
JULIA. Hola, se encontró el perdido?
Pareció ya tu marido;
te doy el pésame, Elisa.
ELISA. Eso de la raya pasa.
JULIA. Vendrá chiflado, de fijo,
y debes decirle: «hijo,
perdona, no estoy en casa.
Vuélvete á esos climas cálidos
á correrla, que es tu oficio,
que mi casa no es hospicio
ni ningun cuartel de inválidos.»
ELISA. No soy tan adusta yo.
JULIA. Amor con amor se paga,
caiga la maza de Fraga;
vamos á cuentas si no.
Te casaron con babero.
ELISA. Casi, quince años tenia,
y Manuel cumplió aquel dia
diez y seis.
JULIA. Un caballero.
ELISA. Fué boda de conveniencia,
mis padres, que en gloria estén,
creyeron hacerlo bien.
JULIA. Y lo hicieron mal, paciencia.
ELISA. Él era de mala casta,

y ántes del año era infiel.
JULIA. Claro, no se hizo la miel
para la boca del...
ELISA. Basta.
Viendo sus malos instintos,
quise venirme á esta quinta.
JULIA. Á ver si en tierra distinta
eran sus gustos distintos.
ELISA. Todo lo cerraba bien;
pero nada, empresa vana,
se iba por esa ventana.
JULIA. Titiritero tambien.
ELISA. Por fin, á Chile partió,
quince años ha andado suelto.
JULIA. Y la lástima es que ha vuelto.
ELISA. Se arrepintió.
JULIA. Ó se cansó.
Nada, resulta probado
que tu marido es un loco,
y que te estima tan poco
porque no te ha deseado,
que en la carrera de amor
es menester fe y ahinco,
que no se llega de un brinco
á la borla de doctor.
Y la que no es una loca
pide exámenes y pruebas,
que no se cogen las brevas
sólo con abrir la boca.
Oye.
ELISA. Oigo.
JULIA. Un hombre ve
á una muchacha en la calle
y dice: «Qué lindo talle.
»Pues señor, la seguiré.»
—Y echando zanca tras zanca.
¡Oh, imán de las buenas mozas!
va desde el barrio de Pozas
al barrio de Salamanca.
Si ella entra en su casa, al punto
él va al portero y se entera
de si es casada ó soltera;

soltera aquí es nuestro asunto.
Él por lo sério lo toma
y vuelve al dia siguiente,
que la niña casualmente
á ver las nubes se asoma;
y con todo desparpajo
y aires de municipal,
se pasea muy formal
calle ariba, calle abajo.
Adelantan los amores,
y hay señas tras del visillo,
y á través del ventanillo
él la dice ochenta flores.
Gasta saliba y papel,
y todo se vuelven citas,
y él le manda las cartitas
con el mozo de cordel.
Y si el portero traidor
no le permite que suba,
la pega atrás en la cuba
y la lleva el aguador.
Es una vida de azares,
y está bueno por chiripa,
que en invierno se constipa
y en verano suda á mares.
Y el estático mancebo
no muda de posicion,
si llueve y un canelon
le truena el sombrero nuevo.
Mas ni gruñe ni protesta
ni se pone furibundo,
que sabe bien que en el mundo
lo que algo vale, algo cuesta.
Trota más que un azacan
y la sigue al jubileo,
y á visitas y á paseo,
es un galgo con gaban.
Mas todo en el mundo pasa,
los papás no le desechan,
y las distancias se estrechan;
y al fin, el hombre se casa.
Y ya la noche llegó,

y ya los papás se van,
y al ver colmado su afan
recuerda lo que pasó,
y loco de amor y fe
dice—«á ochenta sobre cero,
»aquella noche de enero,
»ay, chica, cómo me helé.»
Nada, Elisa, esa es la historia
para querer, desear,
tras de correr, descansar,
y aquí paz y despues gloria.

ELISA. Bravo, bien, perfectamente,
y quieres tú que mi esposo
me siga ó que me haga el oso
segun la frase corriente?
Y que en la esquina me aguarde
y que juegue al escondite?

JULIA. Quiero que te solicite,
nunca para el bien fué tarde.

ELISA. Me vas á comprometer.

JULIA. Nada, es sublime mi idea.

ELISA. Justo, pretendes que sea
el novio de su mujer.

JULIA. Sí, que pasee la huerta,
y ayune si tiene gana,
y que entre por la ventana
en vez de entrar por la puerta.
Pronto una trama se fragua,
maréalo y soliviántalo,
que se abrase como Tántalo
sin poder probar el agua.
Arréglate por si hoy viene.

ELISA. Pues qué, ¿no estoy bien así?

JULIA. Tú eres guapa de por tí,
más siempre un golpe conviene.

ELISA. Te obedezco.

JULIA. Pues adentro.

ELISA. Confio en que tú me apoyas.
Nada, en habiendo tramoyas
ya se halla Julia en su centro.
(Entra en su habitacion.)

ESCENA VIII.

JULIA.

Los hombres siempre los mismos,
exigentes y orgullosos;
cuando dicen que nos aman
sólo es cuestion de amor propio.
Ese es su flaco mayor,
y tienen flacos muy gordos
desde Adan hasta el chiquillo
que vende cajas de fósforos.
Eva, es verdad, fué curiosa
y yo su falta deploro;
ella comió la manzana
y á los demas nos dió el cólico.
¿Pero Adan, por qué comió?
Por amor propio tan solo,
por no decír á su esposa,
«tú comes y yo no como.»
¡Ah, sexo feo, egoista,
dominante y ambicioso,
nosotros somos las Evas
y los Adanes vosotros!

ESCENA IX.

JULIA y PEDRO, fondo.

PEDRO. Señora, hay un caballero...
JULIA. Sí? (De seguro es el novio.)
Dí, trae la barba corrida?
PEDRO. Y muy cerrada.
JULIA. (Ecce homo.)
PEDRO. Quiere ver á mi señora.
JULIA. Pues dile que espere un poco.
(Voy á avisárselo á Elisa
para ponernos á tono.)
(Se va por la puerta izquierda.)

ESCENA X.

PEDRO y MANUEL, por el fondo.

PEDRO. Caballero...
(Manuel entra sin hacerle caso.)
MANUEL. (Me parece
desde que entré que soy otro;
y que no he estado en América
y que ha sido un sueño todo.)
PEDRO. Luégo saldrá la señora.
MANUEL. (Estoy inquieto, nervioso,
y me brinca el corazon;
tengo alegría y sonrojo.)
PEDRO. (Quién será este caballero?
No contesta y habla solo.)
MANUEL. (Todo está en el mismo sitio,
hasta los cuadros al óleo.
Mi abuelo vestido de húsar;
y los cordones son flojos,
y mi abuela con peineta!
Pobre señora, era un coco.)
PEDRO. (Está mirando los cuadros;
será pintor?)
MANUEL. (Son dos monos.)
(Ah, la célebre ventana
por donde iba á mis negocios.)
PEDRO. (Se va á marchar.) Caballero,
por ahí no se baja. (Es tonto.)
MANUEL. (Qué bien saltaba yo entónces!
Era un gimnasta famoso!
Estos son los candelabros
regalo del tio canónigo.)
PEDRO. (Los va á coger.) Caballero,
qué hace usted? (Esto ya es gordo,
será un tomador del dos?
Me va escamando este mozo!)
MANUEL. (Me conocerá? Quisiera
poder guardar el incógnito.
Dicen que he cambiado mucho.)
PEDRO. (Hay que estar con mucho ojo.)

MANUEL. (Pero aún pienso cambiar mas.)
PEDRO. (Se sienta, quiere estar cómodo.)
MANUEL. (Pobre Elisa! He sido un hombre
criminal, lo reconozco.
Aquí se podrá fumar,
conque echaremos un fósforo.)
PEDRO. (Enciende fuego! Canario!
Será de los del petróleo?)

ESCENA XI.

MANUEL, JULIA y PEDRO.

JULIA. (Quiere que yo explore el campo.)
MANUEL. Ah! Quién?
JULIA. (Se ha quedado atónito!)
Mi amiga Elisa me encarga
ruegue á usted que espere un poco.
MANUEL. En tan buena compañía
se me hará el tiempo muy corto.
PEDRO. Señora, mucho cuidado,
que no es clarito este toro.
JULIA. Vete.
PEDRO. Bien. Si algo ocurriese
llama usted.
JULIA. No seas bobo.
PEDRO. Tendré dispuesto el garrote
por si hay que darle en el lomo.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XII.

JULIA y MANUEL.

MANUEL. (Sospecho que esta señora
ha de ser fuerte en hablar;
quiero que me ponga en autos
y averiguar lo que hay.) (Se sientan.)
JULIA. ¿Conque usted conoce á Elisa?
MANUEL. No tengo ese gusto.
JULIA. Ah!

Vendrá usté á verla por otro?

MANUEL. Tampoco.

JULIA. No? Es singular.

MANUEL. He alquilado la casita
de campo que al lado está,
y vengo como vecino
á ofrecerla mi amistad.
En Madrid hace un bochorno
que recuerda el Senegal;
aquí es más puro el ambiente,
y hay mucha comodidad.
Tengo corral, huerta, noria...

JULIA. Comprendo, para tirar...

MANUEL. ¿Eh?

JULIA. Á los pájaros; gorriones
en la huerta abundarán.

MANUEL. (Es zumbona esta señora.)

JULIA. No me dejó usté acabar.

MANUEL. Me han dicho que mi vecina
es viuda.

JULIA. Viuda? Ojalá!

MANUEL. Cómo?

JULIA. Porque de ese modo
era viuda de verdad.
Su esposo la ha abandonado
unos quince años hará.
Era de lo más perdido
que usted puede imaginar,
jugador, malacabeza,
derrochador, informal,
volatinero, Tenorio,
chiquilicuatro.

MANUEL. (Agua va!)
No, dispénseme usted, señora,
eso ya es exagerar.

JULIA. Y Elisa está hecha un encanto,
tiene un aire angelical
y una caida de ojos
que alguno se va á estrellar.

MANUEL. Sí?

JULIA. (La verás mal marido,
pero no la catarás.)

MANUEL. Siendo tan linda, á su lado
moscones no faltarán.
JULIA. Y zánganos y abejorros;
si la muchacha es capaz
de volver loco á cualquiera:
y con quién se fué á casar,
con un jugador, un hombre
derrochador, informal,
titiritero, Tenorio...
MANUEL. Sí, señora, basta ya.
(Dale con la carretilla.)
JULIA. Nunca me gusta adular.
MANUEL. (Nada, que lo hace de intento,
y yo no lo aguanto más.)
JULIA. Aunque Elisa es buena, tiene
un solo capricho.
MANUEL. Cuál?
JULIA. Que si por un caso raro,
caso que no es de esperar,
regresase su marido
al aprisco conyugal,
está resuelta á que pague
sus culpas.
MANUEL. Muy bien hará.
JULIA. Se empeña en que la conquiste.
MANUEL. Aún está por conquistar?
JULIA. Por él sí, y es necesario
que haga el papel de galan;
pues, que haga el oso, el faldero
ó cualquier otro animal.
MANUEL. Pues la idea tiene gracia.
JULIA. Y así se ganaba... el pan.
MANUEL. Pues mire usted, es posible
que él la quisiera aceptar.
JULIA. Lo dudo, era un calavera...
MANUEL. Derrochador, informal,
volatinero, Tenorio,
chiquilicuatro.
JULIA. Ajajá.
MANUEL. La evito á usted el trabajo
de repetirme el cantar.
(Ea, voy á descubrirme,

y vaya al diablo mi plan.)
Pues señora, sin rodeos,
usted que es tan perspicaz,
no ha adivinado sin duda
quién soy yo?

JULIA. No.

MANUEL. (Ahora verás.)

JULIA. (Se descubre, pues aguarda.)

MANUEL. Ese hombre, ese perillan
derrochador y Tenorio,
soy yo, el marido.

JULIA. Usted? Quiá!

MANUEL. Cómo quiá?

JULIA. Que no lo creo.

MANUEL. Pues es la pura verdad.

JULIA. Otros han dicho lo mismo,
de siete ya pasarán.

MANUEL. Zape!

JULIA. Por ver si pegaba;
pero Elisa es muy sagaz.

MANUEL. Mas si usted no me conoce
ella me conocerá.

JULIA. Yo ví la fotografía
de ese esposo contumaz,
y es más bajo, más delgado,
con aire de colegial.

MANUEL. Era muy jóven, las barbas
me han salido en Ultramar.

JULIA. Nada.

MANUEL. Ó ha visto usté algun niño
que nazca con barbas ya?

JULIA. Vamos, usté está de broma,
y á mi no me va á engañar.

MANUEL. (Ay, qué señora tan terca.)

JULIA. (Rabia, esposo criminal.)

MANUEL. Ea, mi mujer no sale,
yo mismo la iré á avisar.

JULIA. No hace falta, siento pasos,
de seguro ella será.

MANUEL. Ah!

JULIA. Y usted no diga nada.

MANUEL. (Pues no he empezado á temblar?

(La conciencia que me acusa,
siento frio y sequedad.)

ESCENA XIII.

DICHOS y ELISA, por la izquierda.

JULIA. Aquí tienes á un vecino.
(Serenidad.)
ELISA. Caballero...
MANUEL. Gracias, señora, yo espero...
JULIA. (Se atraganta, esto es divino.)
MANUEL. (Pues no parezco un palurdo?)
JULIA. (¡Qué bonita situacion!)
ELISA. Tengo una satisfaccion...
MANUEL. Pues yo... no... digo. (Ay, me aturdo).
JULIA. Pero no sabes quién es?
(Dí cualquiera.)
MANUEL. (Ahora se fija.)
ELISA. El señor es...
JULIA. Vamos, hija.
ELISA. Mi maestro de francés.
MANUEL. No lo hablo.
ELISA. Acerté?
JULIA. No.
MANUEL. (Es mucho,
tendré yo aire de gabacho?)
JULIA. Pero aquel es un muchacho,
y este señor ya es machucho.
Mírale.
MANUEL. (Es que estoy corrido.)
ELISA. Es Luis mi primo?
JULIA. Si ha muerto.
ELISA. Es verdad.
JULIA. Vamos.
ELISA. No acierto.
JULIA. Pues dice que es... tu marido.
ELISA. Quién, el señor?
MANUEL. Pues yo soy...
ELISA. Usted mi marido? Quiá!
Á mí no me lo dirá.
MANUEL. Que yo no...

ELISA. Segura estoy.
Ríete.
JULIA. Sí, ya me rio.
ELISA. Quiso burlarse de tí.
JULIA. Pero yo no lo creí,
conste.
MANUEL. (Me ha dejado frio.)
ELISA. Lo que es á mí no me engaña,
hace muy mal su papel;
si se parece á Manuel
como un huevo á una castaña?
MANUEL. (Pues señor, quién seré yo?)
JULIA. (Bien va.)
ELISA. Tiene ojos de espanto.
MANUEL. (Habré cambiado yo tanto...
Es esto fingido ó no?)
JULIA. Conque invente usté otra broma,
que esta le salió fallida;
Elisa está prevenida
y nunca en serio lo toma.
MANUEL. Sí, pues...
ELISA. (Ay, que se ha enfadado.)
JULIA. (Que rabie ese perillan.)
MANUEL. (Nada, seguiré mi plan,
á ver si hay gato encerrado.)
ELISA. Lo que es como se presente
ni aún he de quererle oir;
ni en casa le he de admitir
sin un mes de pretendiente.
MANUEL. Bien; veo que usté es muy lista
y que se me aguó la fiesta.
JULIA. Ya se lo decia á ésta,
el señor es muy bromista.
ELISA. Mas vecino, sin rencor,
si al esposo no admití
acepto el amigo.
JULIA. Aquí
tenemos muy buen humor.
MANUEL. Ya lo veo.
ELISA. (Es otro hombre.)
JULIA. (Sí, con más hipocresía.)
MANUEL. Mas perdon si todavía,

no he dicho á ustedes mi nombre.

JULIA. (Mentira al canto.)

ELISA. No importa.

MANUEL. Me llamo Martin Gadea
Iturriberacochea.

JULIA. Por donde quiere se corta.

ELISA. Usted por lo visto es
vascuence.

MANUEL. Sí.

JULIA. (Lo que miente!)

MANUEL. Soy vascuence.

ELISA. (Justamente,
vascuence... del Lavapiés.)

ESCENA XIV.

DICHOS y el VIZCONDE, con un ramo por el fondo.

VIZC. Aquí traigo ya el ramito.

ELISA. (El Vizconde.)

JULIA. (Buen refuerzo.)

VIZC. Tiene heliotropos, jazmines,
y unas hojas de cantueso.

ELISA. Muchas gracias, es precioso.

MANUEL. Quién es ese caballero?

JULIA. Un amigo de la casa.
Amigo moscon.

MANUEL. Comprendo.

VIZC. El heliotropo es yo amo,
y la lila amor primero.

ELISA. Me habla usté en floricultura.

MANUEL. (Parece que están muy tiernos.)

JULIA. (Y el tal Vizconde es muy listo.)

ELISA. Sabe usted que tengo dueño.

VIZC. Mas todos somos mortales.

ELISA. Sí por desgracia.

VIZC. (Hoy la suelto.)

ELISA. (Á Julia.) Mira qué ramo.

JULIA. Es muy mono.

ELISA. No es cierto que está bien hecho,
señor vecino?

VIZC. (¡Es vecino!)

MANUEL. Me gusta más el florero.

VIZC. (Ay qué pillo.)
ELISA. Cuánta lila!
MANUEL. Lo que es lilas, en efecto,
se encuentran en todas partes.
VIZC. (Y me mira á mí; esto es serio.)
Y usted, de qué lilas habla?
MANUEL. Hay lilas de carne y hueso.
JULIA. Pero presenta al Vizconde.
ELISA. Fué un descuido.
VIZC. (Vaya un necio.)
ELISA. El Vizconde de la Sierra,
un amigo verdadero.
MANUEL. Yo celebro...
VIZC. Y yo tambien.
JULIA. (Pues otra les queda dentro.)
ELISA. Mi vecino don Martin
Gadea!
JULIA. Y otros excesos,
porque tiene su apellido
dos kilómetros y medio.
MANUEL. Iturriberacochea.
VIZC. (Este es un rival.)
MANUEL. Me ausento.
ELISA. ¿Tan pronto?
VIZC. (El torito es claro-)
JULIA. Hombre no.
VIZC. Le daré el quiebro.
ELISA. Estamos á todas horas.
MANUEL. Yo tendré un placer en ello:
señora. (Dirigiéndose á Julia.)
VIZC. (Á Elisa.) Mi enhorabuena.
Ya hay un pretendiente nuevo.
ELISA. No tal.
JULIA. Soy viuda de oficio.
MANUEL. Y simpática en extremo.
ELISA. (Qué tiernos están.)
VIZC. Ingrata.
ELISA. Á eso de las dos comemos,
y cuando usted quiera honrarnos...
VIZC. (Se va; pues señor la suelto.)
Hoy me han escrito de América
y me hablan del forastero,

de su esposo de usted.

ELISA. Cómo?

MANUEL. (Le habrán escrito?)

JULIA. (Esto es bueno.)
Y qué le sucede?

ELISA. Justo,
qué le sucede?

VIZC.. Está enfermo.

MANUEL. (Creo que no.)

VIZC. Y de peligro.

JULIA. Bah!

ELISA. Imposible.

VIZC. Pues ha muerto.

MANUEL. (Me mató.)

ELISA. Sí? (Es delicioso.)

JULIA. (Desmáyate.)

ELISA. Yo me muero!

MANUEL. (Y de qué habré muerto yo?)

VIZC. (Así espanto á este vencejo.)

MANUEL. De qué mal murió ese pobre?

VIZC. Creo que de un avispero.

ELISA. (Sentándose.) Yo suelto la risa.

JULIA. Tápate
la cara con el pañuelo.

MANUEL. Se ha puesto mala?

JULIA. No es nada,
es un ligero mareo.

MANUEL. Claro, ha sido un trabucazo.

VIZC. Me he excedido, lo confieso.

MANUEL. Será falsa la noticia.

VIZC. Perdóneme usted, yo siento...

MANUEL. Hoy mismo puedo enterarme.

VIZC. Quiere usted que avise al médico?

JULIA. Gracias, vamos al jardin;
la sentará bien el fresco.

ELISA. Dejaremos que le entierren.
Hasta despues, caballeros.

VIZC. Está llorando. Ay, Elisa.

MANUEL. Quítese usted, hombre, de en medio.
Yo sé que vive, á Dios gracias.

JULIA. No hablemos mas: hasta luégo.
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA XV.

MANUEL, VIZCONDE.

MANUEL. (Francamente, bien mirado
no es muy brillante el papel
de un marido que ahora vuelve
á *osear* á su mujer;
pero, en fin, se empeña Elisa...
y me conviene tambien
indagar si este Vizconde
es amigo ó más tal vez.)
VIZC. (Creo que he estado imprudente:
no la he preparado bien.)
(Se oye dentro reir.)
MANUEL. Esa risa...
VIZC. Es risa histérica;
yo la suelo padecer.
MANUEL. Pues usted tiene la culpa.
VIZC. Es verdad, me atropellé.
MANUEL. (Sospecho que á mi asesino
le voy á apretar la nuez.)
VIZC. (Es mi rival; de seguro,
yo me descaro con él.)
MANUEL. Servidor de usted.
VIZC. Palabra...
MANUEL. ¿Qué se le ofrecia á usted?
VIZC. Usted viene por Elisa?
MANUEL. Claro, como que es mi... pues.
(Qué iba á decir?)
VIZC. Sí, ya entiendo.
Mi luz, mi gloria, mi eden.
No es eso?
MANUEL. Sí.
VIZC. Soy muy listo
y al momento la calé,
y ahora que el marido ha muerto
MANUEL. Es cierto?
VIZC. Vaya si lo es.
MANUEL. (Nada, se empeña en matarme

Requiescat impace, amen.)

VIZC. Me lo ha escrito un tio mio.
Recibí la carta ayer.

MANUEL. (Y le echa á su tio el muerto:
lo que es mentir, miente bien.)

VIZC. Y desde hoy ya puede uno
declararse sin temer
que Elisa se encolerice
si pretendida se ve.

MANUEL. Somos dos los pretendientes.

VIZC. Sí, pero usté está despues.

MANUEL. No tal; yo soy el primero
y no admito otro papel.
Con privilegio exclusivo.

VIZC. Eso es mucho pretender.
Usté apenas la conoce.

MANUEL. (Es verdad, ya la olvidé.)

VIZC. Y yo hace más de dos años
que estoy rendido á sus pies,
y es claro que en ese tiempo
algo adelantado habré.

MANUEL. Qué ha adelantado usté?

VIZC. Mucho.

MANUEL. Á ver? Explíquese usted.

VIZC. Hombre, existen compromisos
y de fijo he de vencer.

MANUEL. Bah, hasta que usté adelante...

VIZC. Qué?

MANUEL. Lo que yo adelanté,
ya tiene usted, amiguito,
que correr más que un lebrel.

VIZC. Cómo?

MANUEL. Digo, no; decia
que aunque es la primera vez
que la he visto, me parece
que la he inspirado interés.

VIZC. (Qué presumido!)

MANUEL. (Esto es chusco.)

VIZC. Aquí hay un panal de miel.

MANUEL. Y somos dos los golosos
y uno se va á relamer.

VIZC. Qué idea! En lugar de hacernos

una guerra sin cuartel,
por qué no vamos á una
y obramos de buena fe?
Cada cual sitia la plaza
como Dios le dé á entender,
y se afana por rendirla
con armas de buena ley;
mas sin hacer daño al otro.

MANUEL. Es claro.

VIZC. Ni hablar mal de él,
sino dejando á la suerte
que el premio al más listo dé.

MANUEL. Me parece bien pensado.

VIZC. Ninguno se ha de ofender
porque el otro le vigile,
se le pueden ir los pies.

MANUEL. (No te perderé de vista.)

VIZC. Por supuesto, es menester
que entre el uno y salga el otro.

MANUEL. Justo, tomaremos vez.

VIZC. Vamos á reirnos mucho.

MANUEL. Mucho.

VIZC. Figúrese usted
que vengo un dia y le digo:
«cayó el pájaro en la red.»
Repito que lo hago en broma,
que ya vencí su esquivez.

MANUEL. De veras?

VIZC. Usted se marcha
y me deja mi mujer;
y entónces de gusto bailo
el jaleo de Jerez.

MANUEL. (Y yo te rompo una pierna
y lo bailas en un pie.)

VIZC. Conque acepta usted?

MANUEL. En algo
nos hemos de entretener.

VIZC. Pues bien, guerra, pero franca.
Yo hoy empiezo.

MANUEL. Y á mí qué?

VIZC. (Este rival no es temible.
parece que está en el belen.)

MANUEL. (Lo que es de esto á hacer el oso
poca distancia ha de haber.)

ESCENA XVI.

DICHOS y PEDRO, con un mosquero en la mano.

PEDRO. (Aún están estos gorrones?)
VIZC. Conque á luchar.
MANUEL. Sí, adelante.
(Volveré.)
VIZC. (Vuelvo al instante.)
(Pedro espanta las moscas cerca de él.)
Qué haces?
PEDRO. (Mosqueando.) Echar los moscones,
como es hora de comer...
MANUEL. Nos espanta, buena es esa.
VIZC. Este es el perro de presa.
MANUEL. Sí. (El que guarda á mi mujer.)
Ya le pondremos bozal.
VIZC. Darle estrignina es mejor.
PEDRO. Ay, tanta luz da calor.
(Va á entornar la ventana: se oscurece la escena.)
MANUEL. Salgamos.
VIZC. Sí, marcha real.
MANUEL. Eh, que nos dejas á oscuras;
ya tropecé en una silla.
VIZC. Huy, me rompí la espinilla;
empiezan las aventuras.
PEDRO. Pues se ve perfectamente.
MANUEL. (Quién dirá que soy yo el amo?)
VIZC. Abre esa ventana ó llamo.
PEDRO. Sigan ustedes de frente
y están al momento...
(Tropiezan en la pared.)
MANUEL. Sí,
pegados á la pared.
VIZC. Ya veo luz, venga usted.
MANUEL. Ay, yo las estrellas ví.
PEDRO. No dan pocos tropezones;
si parece que no ven.
MANUEL. Al fin salimos con bien.

PEDRO. Sigo echando á los moscones.
(Se van por el fondo.)

ESCENA XVII.

JULIA y ELISA.

Julia, apenas han salido se dirige á la ventana que abre. Luz en la ventana.

JULIA. Ven y los verás salir.
ELISA. Qué escena tan deliciosa.
JULIA. Divertidísima! Es cosa
de no parar de reir.
Míralos.
ELISA. Huy qué calor!
Pero qué de prisa van.
JULIA. Ya lo creo, temerán
que Pedro suelte al Milord.
ELISA. Qué miedo llevan los dos!
JULIA. Ya han entrado en campo raso,
ELISA. Eso es correr; vaya un paso.
JULIA. Pareja de osos, adios.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

VIZCONDE y PEDRO por el fondo, despues MANUEL.

VIZC. Pues si recibe me quedo,
porque me recibe á mí.
PEDRO. Es que no sé...
VIZC. Usté me ha dicho
que pensaba recibir.
PEDRO. No lo aseguro.
VIZC. No importa.
Y está mejor de la gripe?
ha hecho bien en guardar cama
tres dias.
PEDRO. (Qué zascandil!)
VIZC. Por más que eso me ha privado
del gusto de verla aquí.
Ya he venido varias veces.
PEDRO. Varias veces? Treinta mil.
Usté y el otro vecino
no hacen más que ir y venir,
y andan rondando la casa,
yo creo que con mal fin.
VIZC. Es que vamos de paseo

y anoche corria un gris,
que como estoy de verano
me acordé de mi carrik.

PEDRO. Viene el uno. «Y la señora?»
—«Mejor.»—Se acaba de ir,
y ya está el otro en la verja.
—«Sigue bien?»—«Creo que sí,»
y á poco vuelve el primero
y se va, y á poco, pif,
ya está el otro preguntando
si el ama pudo dormir;
y á todas horas lo mismo,
y siempre el mismo trajin,
y en viendo al uno, á diez pasos
el otro debe venir.
Son ustedes de órden público,
ó de la guardia civil,
ó al ménos contrabandistas,
ó cualquiera cosa así?

VIZC. ¡Qué ocurrencia!

PEDRO. Pues la broma
cara les puede salir,
y anoche por un milagro
no he matado á uno.

VIZC. Á mí.

PEDRO. No sé á cuál.

VIZC. Sentí la bala
que me rozó la nariz.

PEDRO. Hice fuego al ver dos bultos
que al punto echaron á huir.

VIZC. (Es claro, y yo tomé á escape;
no, que iba á aguardar allí
á que á este bruto le diese
la gana de repetir.)

PEDRO. El Milord tambien ladrando
siguió al otro.

VIZC. Ya lo ví.

PEDRO. Y por cierto que en la boca
trajo medio levitin.

VIZC. (Valiente par de animales,
no sé cuál es más cerril:
á ver si le domestico.)

PEDRO. Es un soberbio mastin.
VIZC. Aunque usté me tiene entre ojos
yo le quiero á usté.
PEDRO. Á mí?
VIZC. Sí,
porque cuidó mucho á Elisa
allá en su edad infantil,
y vale un criado antiguo
más oro que el Potosí.
PEDRO. (Qué fino está el tiempo.)
VIZC. Puede
que pronto sea feliz,
y reemplace en esta casa
al que Dios llamó hácia sí.
Digo, si es verdad que ha muerto.
PEDRO. El señor? qué ha de morir,
cosa mala nunca muere.
VIZC. Mas si ha muerto, ya ascendí.
PEDRO. No se haga usté ilusiones,
á usté no le va é elegir;
tiene el ama mejor gusto.
VIZC. Gracias. (Habrá cuerpo espin!)
PEDRO. No ha de volver á casarse
tan pronto.
MANUEL. (En la ventana por la parte de afuera.)
Hola, está ahí.
VIZC. Una viuda se consuela
lo mismo aquí que en Pekin,
á los dos meses de muerto
el que amó con frenesí;
y si es jóven y bonita
y hay un amante Amadís
que consigue consolarla
y disiparla el esplin,
la pobre, que se ve sola,
vuelve á doblar la cerviz
y da al muerto un sustituto
por la iglesia y lo civil.
PEDRO. No lo niego.
MANUEL. (Está inspirado;
quién dirá que es un tontin.)
VIZC. Y el sustituto del muerto...

PEDRO. Será usté?
VIZC. Es de presumir.
Somos dos los pretendientes
hoy por hoy.
PEDRO. Creo que sí.
Usted y el otro vecino.
MANUEL. (Presente. Qué irá á decir.)
VIZC. Yo soy más antiguo, tengo
un título y tengo chic
y maneras distinguidas
y mucha gracia y esprit.
MANUEL. (Sí, date bombo, hijo mio,
que tu abuela no está aquí.)
VIZC. Pero el otro...
MANUEL. (Á que me pone
como hoja de perejil?)
VIZC. Es ya más entrado en años,
y cursi, y de mal cariz,
y como viene de América
trae el color del país.
Á que es un filibustero
de los que andan por Madrid?
MANUEL. Eso no vale. (Desaparece.)

ESCENA II.

DICHOS ménos MANUEL.

PEDRO. Eh?
VIZC. (Me ha oido:
confieso que me excedí.)
PEDRO. ¿Á que es el otro? Señores,
ya no se puede sufrir.
(Dirigiéndose á la ventana.)
Á ese, Milord. Le han soltado.
VIZC. Hombre, no; es un infeliz.
GEERO. Pues al que coja delante
ya le ha de dar que sentir.
Ayer mordió al escribano,
y al prestamista don Gil,
y el otro dia al alcalde,
y anteayer á un chiquitin.
En cuanto ve á un forastero

se pone fuera de sí.
Á usté le tiene unas ganas.
VIZC. Se lo ha dicho á usté el mastin?
PEDRO. Se lo conozco en los ojos.
VIZC. Pues que afile la nariz
porque echan ahora estrignina
y es mala de digerir.

ESCENA III.

DICHOS, y JULIA por la derecha.

JULIA. Perico.
VIZC. Julia.
JULIA. Ah! Vizconde.
VIZC. Y Elisa?
JULIA. Ya está mejor.
Me va usté á hacer el favor
de llevar la carta. (Entregándole una.)
PEDRO. Adónde?
JULIA. Á casa de Juan del Cerro,
para doña Cármen Pie,
frente á la iglesia.
PEDRO. Ya sé.
(Despues iré por el perro.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

JULIA y VIZCONDE.

VIZC. Esa es la amiga casada
con otro.
JULIA. Si justamente.
Ahora me escribe el agente
que es cuestion muy delicada.
Hay que probar que el marido
salió de este mundo ya.
Nadie sabe dónde está.
VIZC. Sí? Pues negocio perdido.
JULIA. Conque usté ya está en la brecha
y de su triunfo no duda?

Bravo, á sitiar á la viuda,
constancia y es cosa hecha.

VIZC. De veras?

JULIA. Por precision.

VIZC. Pues no son esas las trazas;
me dió tantas calabazas
que ya no espero jamon.

JULIA. Regalaba á usté ese fruto
cuando era constante esposa;
pero ya será otra cosa
pasado el tiempo del luto.
¿Á usté le consta de fijo
que Manuel ha muerto?

VIZC. Sí.
yo no sé dónde lo oí;
yo no sé quién me lo dijo;
no, me lo dieron por cierto.

JULIA. Entónces es positivo,
si luégo resulta vivo
á usté le echamos el muerto.

VIZC. Yo me enteraré; entre tanto
si la obsequio, siempre es bueno.

JULIA. Claro, se gana terreno
haciendo oracion al santo.

VIZC. Pero como usté sabrá,
tengo que estar muy alerta,
porque hay un rival en puerta.

JULIA. Pues allí se quedará.
Y vaya si es largo el pez!

VIZC. Usté me protege? Oh gozo!

JULIA. No ha de venir ese mozo
á quitarle á usté la vez.

VIZC. Ahora si que ya no cejo.

JULIA. Que cejar; de ningun modo,
la antigüedad sobre todo.
(Y el marido es el más viejo.)

VIZC. Bien, y yo qué debo hacer?

JULIA. Toma, estar siempre á su lado;
porque pobre porfiado
saca mendrugo y mujer.

VIZC. Tengo una idea.

JULIA. Una idea!

Es raro, á ver?
VIZC. Ni pintada.
Y es vieja.
JULIA. No importada nada,
si nos sirve, aunque lo sea.
VIZC. Ya que el triunfo me prometo
como aguijon nada mas
finjo que amo á usté.
JULIA. Jamás.
Eso lo inventó Moreto.
Va usté por muy mal camino:
si la cuestion no es Elisa;
lo que corre aquí más prisa
es ahuyentar al vecino.
VIZC. Es cierto; ya la he pescado;
un desafío.
JULIA. No tal.
VIZC. Aunque yo tiro muy mal
y voy á salir lisiado.
Es posible que me parta
de un sablazo la cabeza.
JULIA. Pero, señor, qué torpeza!
Qué idea! aquí de la carta.
La del agente civil
de bodas y defunciones.
VIZC. (Cuáles son sus intenciones?)
JULIA. Vamos, ni con un candil.
VIZC. Pues, hija, yo nada veo.
JULIA. La idea es piramidal.
VIZC. (Qué gracia tiene y qué sal.)
JULIA. Lea y calle.
VIZC. Callo y leo. (Leyendo.)
«Muy señora mia: comprendo la situacion »delicada en que se encuentra su amiga de »usted, unida en secreto al hombre á quien ama; pero miéntras no se acredite en debi- »da regla la defuncion de su primer esposo, »que hace años marchó á América, no es »posible formalizar el expediente civil de su »segundo matrimonio. B. S. P., etc.»
JULIA. Cayó usté ya?
VIZC. No señora,

sigo como ántes de pie.
JULIA. Pero qué torpe es usté.
VIZC. Pues no veo luz ahora.
JULIA. Es bien sencilla la trama.
VIZC. No doy bola todavía.
JULIA. Elisa es la amiga mia,
y usted el hombre á quien ama.
Hacemos que ese papel
llegue á manos del vecino,
entra en dudas...
VIZC. Sí, divino,
y nos deshacemos de él.
JULIA. Qué tal el plan?
VIZC. De primera.
JULIA. Y el hombre de fijo salta.
VIZC. Ay, Julia, pero ahora falta
que mi *mujercita* quiera.
JULIA. Usted es mi protegido
y ahora empiezan las guerrillas.
VIZC. (Aunque de mentirijillas
me alegro ser su marido.)
JULIA. Sal aquí, ten la bondad.
VIZC. (Es lo de jugar con fuego,
empieza por broma y luégo
acaba por ser verdad.)

ESCENA V.

DICHOS y ELISA, sigue al final PEDRO.

ELISA. Me llamabas? (Izquierda.)
JULIA. Sí.
ELISA. Ah! Vizconde.
VIZC. Está usté mejor, Elisa?
ELISA. Sí, gracias.
JULIA. Escucha aparte
otro plan.
ELISA. (Qué tramoyista!)
VIZC. (Cómo voy á divertirme!
pues señor, va de mentiras;
en fin, el caso es echarle
y por algo se principia.)

ELISA. Ya es hacerle rabiar mucho.
JULIA. Pues es poco todavía.
Ya está en autos.
ELISA. Mas protesto.
VIZC. Usté es mi mujer.
ELISA. Postiza.
VIZC. Todo es hasta acostumbrarse.
ELISA. Hay costumbres ilegítimas.
JULIA. Usté le entrega la carta,
pero con cierta malicia.
Hace usté que se sorprende,
cae al suelo, él se la quita,
la lee.
VIZC. Y el susto gordo.
ELISA. Es claro, con la noticia.
VIZC. No puede tardar ya mucho.
(Le toca la vez.)
JULIA. Pues mira
conviene que te halle sola,
y no te ablandes.
ELISA. Descuida.
JULIA. Te temo; y si no una idea.
VIZC. Á ver?
JULIA. Es reservadísima.
Yo tocaré la campana
si la situacion es crítica.
Bajaremos á la huerta.
VIZC. Bien.
JULIA. Me permites, Elisa,
que me lleve á tu marido?
ELISA. Ténlo por toda la vida.
VIZC. Ojalá!
JULIA. Eh?
VIZC. Me retracto.
ELISA. Es que el Vizconde promiscua.
PEDRO. Señora, ya dí la carta.
JULIA. Bueno.
VIZC. Vamos.
(Al pasar al lado de Pedro se sonrie con malicia.)
PEDRO. Qué risita.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA VI.

ELISA y PEDRO.

LISA. (Tiemblo de susto tan solo
al pensar en la entrevista.)
PEDRO. Y cómo le digo ahora...
ELISA. Qué traes?
PEDRO. No es culpa mia.
Es que Milord se ha escapado.
ELISA. Y la multa consabida.
PEDRO. Se salió sin tápabocas
y ha hecho ochenta perrerías.
ELISA. Y por qué está sin bozal?
PEDRO. No le gusta y se lo quita;
ah! encontramos al vecino
que hácia aquí se dirigía,
y como el pícaro perro
tiene la nariz tan fina,
le conoció al punto.
ELISA. Sí?
PEDRO. Y se tiró á él en seguida.
ELISA. Y le hizo daño?
PEDRO. No, el susto:
á los dos les tiene tirria.
ELISA. Pues que otra vez no suceda,
estás? que no se repita.

ESCENA VII.

DICHOS y MANUEL, fondo.

MANUEL. Señora...
ELISA. (¡Él! Qué ansiedad.)
MANUEL. Se pasó ya el constipado?
ELISA. Ahora reñia al criado
por lo del perro.
PEDRO. Es verdad.
MANUEL. No hay que hablar de eso. (El perrito
no parará mucho en casa.)
ELISA. Vaya.

MANUEL. Á cualquiera le pasa.
ELISA. Pues yo lo siento infinito.
Vete.
PEDRO. (Este es otro moscon,
no espero que se la birle.
Si habrá tambien que decirle,
«vuelve por uvas, pichon?»)
(Se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

ELISA y MANUEL.

ELISA. Tome usté asiento.
MANUEL. (Manuel,
calma y á verla venir.)
ELISA. (Ay Dios, qué me irá á decir?
no me cabe duda, es él.)
MANUEL. Y Julia?
ELISA. Bien, está fuera.
MANUEL. Qué simpática! Es señora
que francamente enamora
por lo alegre y jaranera.
ELISA. Viene usté por temporada?
MANUEL. Sí, estos meses de calor.
Y tiene tan buen humor.
¿Con quién estuvo casada?
ELISA. Con un señor de Baeza.
MANUEL. Siempre tiene un chiste á punto.
ELISA. Bien.
MANUEL. Y de fijo el difunto
no se murió de tristeza.
ELISA. Usté es casado?
MANUEL. Es de fe.
ELISA. Dale... pero...
MANUEL. Y es bonita.
ELISA. Viene usté á hacer la visita
á Julia ó á mí?
MANUEL. Á usté.
ELISA. Pues bien, hable usté conmigo.
MANUEL. (Se picó, va bien el juego.)
Hay simpatías, y luégo

que soy un antiguo amigo.

ELISA. Cómo?

MANUEL. Es muy olvidadiza;
en un baile de Piñata
la ví; estaba de beata
y yo con nariz postiza.
Llega, me empieza á embromar,
me confunde con su primo,
yo la doy cuerda, la animo
y nos vamos á cenar.

ELISA. De veras?

MANUEL. Dejé otros planes,
y agarrada de mi brazo
corrimos el gran bromazo.

ELISA. En el Real á en Capellanes?

MANUEL. Fué en un baile de Alcobendas.

ELISA. Ah! (Qué píllo!) No lo dudo.
Se disfraza usté á menudo?

MANUEL. Yo siempre en Carnestolendas,
ántes que bromas me den.

ELISA. Tenemos gustos iguales.
Yo todos los carnavales
voy de máscaras tambien.
El último Carnaval
ni un sólo baile perdí,
y con el Vizconde fuí
á la Zarzuela y al Real.

MANUEL. (Quiere tomar la revancha.)
Sí?

ELISA. (Aguarda, que ahora es lo bueno.)
Yo siempre en ese terreno
tengo la manga muy ancha.
Y el Vizconde es tan amable,
es un amigo tan fiel;
ya me he acostumbrado á él
y es aquí el indispensable.

MANUEL. Hablé con él largamente
y me ha dicho...

ELISA. (Levantándose.) Qué? Por Dios,
pues no hay nada entre los dos,
no crea usté... qué imprudente!

MANUEL. Yo siento que usté se alarme,

mas no hay motivo, señora.
(Caracoles, pues ahora
es cuando empiezo á escamarme.)

ELISA. Dispense usté... fué un momento...
creí... como es tan jovial...
(Rábia, esposo criminal.)
Pero no toma usté asiento?

MANUEL. (Me escamé.)

ELISA. (No me responde.)

MANUEL. (Esto no ha sido fingido.
Nada, aquí hay gato escondido,
y este gato es el Vizconde.
El caso es de gravedad
porque es hacerme muy bolo...)

ELISA. Está usté rezando solo?

MAEUEL. Ah! me distraje, es verdad.
(Volviendo á sentarse.)
Pues el Vizconde me dijo
que entra y sale.

ELISA. Por su pie.

MANUEL. Pronto, con perdon de usté,
cojeará.

ELISA. Sí?

MANUEL. De fijo
si se tuerce un pie.

ELISA. Qué ideas.

MANUEL. (Yo me encargo.)

ELISA. Usté es casado?

MANUEL. Lo era, pero ya he enviudado.

ELISA. (Ántes ciegues que tal veas.)

MANUEL. Ah! su imágen ni un momento
del alma puedo borrar.
(Á ver si la hace saltar
la cuerda del sentimiento.)

ELISA. (Va á lo tierno.)

MANUEL. Era un encanto;
era un corazon de niño,
que debió con su cariño
hacer de un demonio un santo.
Recuerdo la vez primera
que en Deva vimos el mar.

ELISA. (Y yo.)

MANUEL. Lo voy á contar.
ELISA. Estoy como si lo viera.
MANUEL. Allí en la playa los dos,
su mano puesta en mi mano,
contemplando el océano
bendeciamos á Dios.
Ya el sol brillaba á través
de la cenicienta bruma,
y las olas con su espuma
salpicaban nuestros piés;
y su embate no cesaba,
unas tras otras huian,
y unas tras otras venian,
y era que el mar avanzaba.
»Ay!» exclamó al suspirar;
»ahora comprendo mejor
»por qué dicen de un amor
»que es inmenso como el mar.
»Dime, será el tuyo así?
»Me olvidarás algun dia?»
—«Yo jamás, esposa mia,»
con fervor la respondí.
ELISA. (Y no mintió.)
MANUEL. Aquel momento
fué un momento inexplicable,
de una ventura inefable,
de un místico arrobamiento.
Inmóviles cual las rocas
que á nuestro lado se alzaban,
de amor los ojos hablaban
mientras callaban las bocas.
Y entrambas manos cogidas
latió mi pecho violento;
que allí con un sólo aliento
viviendo estaban dos vidas.
Era sublime la escena;
de pronto una ola llegó
y nos envolvió y pasó
y fué á morir en la arena.
Ella trémula, indecisa,
dió un grito, vino hácia mí,
fué á caer y yo la ví,

voy á abrazarla y...
(Suena dentro la campana.)
ELISA. (Transicion.) (Me avisa.)
Y á mí qué me cuenta usté.
Que le haga á usté buen provecho.
MANUEL. (Qué salida.)
ELISA. (Bien ha hecho
en tocar, si no me ahogué.)
MANUEL. Pero ese es un campanario.
ELISA. Deje usté que se divierta.
Es para los de la huerta.
MANUEL. Pero son sordos, canario?
Basta.
ELISA. (Es que toca por mí.)
Ya la tarde va cayendo
y tocan á irse.
MANUEL. Comprendo
que haya jaquecas aquí.
(No, pues yo pronto suprimo
el perro y la campanita.)
ELISA. Va usté á ver á la viudita?
MANUEL. Buen recuerdo; se lo estimo.
ELISA. Por la huerta debe andar.
MANUEL. Pues daremos un paseo.
ELISA. Voy á cerrar mi correo,
y luégo pienso bajar.
MANUEL. Yo voy de mi viuda en pos.
ELISA. Vecino, le convidamos
á horchata.
MANUEL. Bien.
ELISA. La tomamos
todas las tardes las dos.
MANUEL. Muchas gracias.
ELISA. Con barquillos.
MANUEL. Para sorber?
ELISA. Justamente.
(Es Manuel seguramente,
echemos al mar pelillos.
(Se va por la izquierda.)

ESCENA IX.

MANUEL.

Pues señor, es necesario
averiguar lo que hay;
es un plan muy bien urdido;
pero cuál es ese plan?
Voy á buscar al Vizconde
y á decirle la verdad,
y doy la gran campanada
como marido legal.
(Dirigiéndose hácia el fondo.)
Él viene hácia aquí leyendo
una carta; me haré atrás
y le espío.

ESCENA X.

MANUEL y VIZCONDE, por el fondo.

VIZC. (Figurando que lee la carta, que le entregó Julia en la escena cuarta.)
Esto es horrible,
es una contrariedad.

MANUEL. De quién será la cartita?

VIZC. (Ya te he visto, perillan.)

MANUEL. Buenas tardes.

VIZC. (Fingiendo sorprenderse se guarda la carta en e bolsillo de atrás del levisac.)
Ah!

MANUEL. La oculta.

VIZC. Muy buenas.

MANUEL. (Con socarronería.) Va bien?

VIZC. Tal cual.

MANUEL. Me alegro.

VIZC. Vamos tirando.

MANUEL. De qué?

VIZC. De la vida!

MANUEL. Ah!

VIZC. (Qué chusco.)

MANUEL. Está usté nervioso?
VIZC. No.
MANUEL. Vaya.
VIZC. (Qué perspicaz!)
MANUEL. (Qué risita.) Por lo visto
el negocio no va mal.
VIZC. Pish, nunca hay dicha completa;
pero en fin, lo que fué ya...
MANUEL. Se ha dedicado usté ahora
al género epistolar?
VIZC. Lo dice usté por la carta
que entré leyendo?
MANUEL. Cabal.
VIZC. No era para mí.
MANUEL. (Mentira.)
VIZC. (Tonto, ya la leerás.)
MANUEL. Acabemos.
VIZC. Ay qué susto!
(Si me irá á desafiar!)
MANUEL. Entre usté y Elisa existe
un secreto.
VIZC. Y es verdad.
Es secreto, y por lo mismo,
no lo puedo revelar.
No seria un caballero.
MANUEL. Pues lo calla usté y en paz.
Vamos, hablemos con calma.
VIZC. Usté es quien se ha de calmar,
porque yo tengo un carácter
más blando que el mazapan.
MANUEL. Picarillo, usté es muy largo.
VIZC. Pues no soy ningun varal.
(Ea, tiraré la carta,
esta es la oportunidad.)
MANUEL. Largo de vista.
VIZC. Esta tarde
hace un calor infernal.
(Al sacar el pañuelo del bolsillo se le cae la carta.
MANUEL. (Echándole un brazo por el hombro.)
(Se cayó la carta.) Creo
que esta tarde va á tronar.
(Llevándole hácia la ventana.)

VIZC. Sí.
MANUEL. Vamos á ver las nubes.
Huy qué nubarrones hay.
(Dejándole en la ventana y bajando á coger la carta.)
VIZC. Muchos. (Sí, coge la carta.)
Hay mucha electricidad.
MANUEL. (La cogí.)
VIZC. Eh?
MANUEL. Nada, ha sido
un calambre que me da.
VIZC. Ah, me llama la viudita.
MANUEL. Pues no la haga usté esperar.
VIZC. Voy corriendo.
MANUEL. Sí, hasta luégo.
VIZC. (La tragaste, pobre Juan.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA XI.

MANUEL y á poco JULIA, por el fondo.

MANUEL. Será la carta de Elisa?
Parece lo natural.
(Empieza á leer.)
JULIA. Le va á hacer el mismo efecto
que al que toma soliman.
MANUEL. Ah! qué sospecha... la amiga...
es el secreto... no hay mas...
Por eso fué el sorprenderse...
pero es una atrocidad.
JULIA. (Ahora entro yo.) Caballero...
MANUEL. Señora...
JULIA. Vengo á buscar
una carta interesante.
MANUEL. Tome usté, la leí ya.
JULIA. Qué imprudencia, cielo santo!
MANUEL. Señora, por caridad,
quién es esa amiga?
JULIA. ¡Cielos!
qué me va usté á preguntar?
MANUEL. Ay! por las once mil vírgenes,

y por San Pedro y San Blas
y todos los angelitos
de la córte celestial,
dígamelo usté.

JULIA. No puedo.

MANUEL. Es una inmoralidad.
Míreme usté frente á frente,
yo soy un hombre formal.

JULIA. Mucho.

MANUEL. El marido de Elisa,
que regresó de Ultramar;
y no puede hacerme gracia,
que, faltando á la moral,
otro se incaute de cosas
que son de mi propiedad.

JULIA. Usté es de veras su esposo?

MANUEL. Me casé en Santo Tomás.

JULIA. Y ha venido usté de incógnito?

MANUEL. Sí.

JULIA. Horror y fatalidad!
Y la pobre nada sabe;
la tendré que preparar.

MANUEL. Comprenderá usté, señora,
que es fundada mi ansiedad.
Hable usté; esa amiga es ella?
(Julia contesta afirmativamente.)
Oh! y el Vizconde el galan?
Cómo fué?

JULIA. Muy fácilmente.
—La ausencia—la soledad—
—la juventud—las pasiones—
—ella tímida—él audaz—
—usted haciéndose el muerto—
—un cura muy liberal—
—se fueron á las provincias—
—y en Lequeitio...

MANUEL. Sí, á nadar.
No vale ese matrimonio
y la ley me amparará.
Yo soy el número uno
y no hemos de ser un par.

JULIA. Y un dia yendo á paseo

del brazo con su mitad
puede á usté decirle: mira,
el número dos, ahí va.

MANUEL. Yo voy armar un escándalo.

JULIA. Amigo, serenidad.
Yo protejo á usté, veremos
de combinar algun plan.

MANUEL. No puede ser, es absurdo,
inaudito, irracional.
Yo quiero pegarme un tiro.

JULIA. (Pero qué fuerte le da!)

MANUEL. De seguro tengo encima
un ataque cerebral;
uf, qué calor, yo me ahogo.

ESCENA XII.

DICHOS, el VIZCONDE detrás, PEDRO, á poco ELISA.

VIZC. La horchata viene detrás.

MANUEL. Ah! infame.

JULIA. Por Dios, prudencia.

PEDRO. (Con una bandeja con cuatro vasos de horchata de chufas y barquillos.)
Cuatro chicos, medio y medio.
(Los dos refrescan de gorra.)

ELISA. (Por la izquierda.) Estas cartas al correo.

MANUEL. Mujer infiel.

JULIA. Disimulo.

ELISA. Pero se ha puesto usté enfermo?

MANUEL. Es el calor.

VIZC. Pues entónces
le conviene á usté el refresco.

MANUEL. De veras?

PEDRO. (Qué par de apuntes.)

MANUEL. (Yo le ahogo.)

VIZC. (Huy, me da miedo!)

PEDRO. Que se calienta la horchata.

ELISA. Pero ha podido creerlo?

JULIA. Lo duda, y es lo bastante.

MANUEL. Palabra; usted es muy feo,

sólo una desesperada
le hará caso.

VIZC. Hay más de ciento.

ELISA. Pero está desencajado.

JULIA. Es preciso que haga méritos.

ELISA. Ay! hija, como no es tuyo,
no te importan desperfectos.

VIZC. Yo que usté me marcharia.

PEDRO. Sirvo la horchata? (Interponiéndose.)

MANUEL. Qué empeño!

JULIA. Pues señores, á sentarnos. (Al Vizconde.)
Hombre, vaya usté á su puesto.
(El Vizconde pasa al lado de Elisa.)

ELISA. (Esta noche se lo digo.)

JULIA. Pedro, puedes ir sirviendo.

VIZC. (Á Elisa.) Ay, Elisa, usté no sabe...

ELISA. No lo tome usté en sério.

JULIA. La horchata refresca mucho.

MANUEL. Mírelos usté, qué tiernos!

PEDRO. (Sirviendo.) Éste tiene más cebada.

MANUEL. Pues para aquel caballero.

VIZC. Gracias.

PEDRO. (Le dió por el gusto.)

ELISA. (Pobrecito, está deshecho.)

VIZC. Sorba usté con el barquillo.
Mire usté, yo soy maestro.

JULIA. Yo he aprendido del Vizconde.

ELISA. Y yo.

MANUEL. Sí, pues sorberemos.
(Pausa, los cuatro sorben la horchata con el barquillo.)

PEDRO. Concierto de clarinetes.
Pues yo me lo sorbo en seco.
(Comiéndose un barquillo.)

ELISA. (Qué afectuoso está con Julia.)

MANUEL. (Yo le mato sin remedio.)

VIZC. Sube? sube?

MANUEL. Si ya baja.

JULIA. (Qué títere.) Enciende, Pedro.

VIZC. Ay! se me rompió el barquillo.

MANUEL. (Yo te romperé los huesos.)
(Pedro recoge los vasos, y enciende luz.)

ELISA. (Pues no empiezo á estar celosa?)
VIZC. (Levantándose.) Señores, he oido un trueno.
MANUEL. El gordo es el que está cerca.
PEDRO. Por Madrid viene muy negro,
deben ustedes marcharse
no les coja el aguacero.
JULIA. ¿Quieren ustedes paraguas?
VIZC. Mil gracias, nos dará tiempo.
MANUEL. (Yo me cuelo aquí esta noche.)
PEDRO. Yo voy á soltar el perro. (Váse.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos PEDRO.

ELISA. (Al Vizconde.) (Que no cuente usté á nadie
esta broma, es un secreto.)
JULIA. (Á Manuel.) (Descanse usté esta noche,
y ya veré si lo arreglo.)
VIZC. (Pasando al lado de Julia.)
Amiga, voy viento en popa,
y me ha encargado el silencio.
MANUEL. (Ap. á Elisa.) Necesito hablar á usté.
ELISA. (Id. á Manuel.) Por la ventana hablaremos.
MANUEL. (Pero eso es pelar la pava;
género andaluz completo.)
Señoras, muy buenas noches.
JULIA. Que descanse usté.
MANUEL. Si puedo.
(Se va aceleradamente.)
VIZC. Señoras, lo mismo digo.
(Al ver que se ha ido Manuel.)
Dónde va usté, compañero.
(Se va tambien por el fondo.)

ESCENA XIV.

ELISA y JULIA.

JULIA. Bien ha salido la trama,
y el mozo es muy admisible.
ELISA. Tengo una jaqueca horrible;
voy á meterme en la cama.

JULIA. Mañana cesa el engaño
y le dices la verdad.
ELISA. Bueno.
JULIA. Con qué frialdad
lo has dicho.
ELISA. Yo? no.
JULIA. Es extraño.
Elisa, estás enfadada?
ELISA. ¿Y has podido presumir?...
JULIA. Tambien me voy á dormir.
ELISA. Bien hecho.
JULIA. Estoy muy cansada.
ELISA. Pues buenas noches.
JULIA. Adios.
Qué noche tan tormentosa!
Si la mañana está hermosa
madrugaremos las dos.
No pienses en el vecino.
ELISA. ¿Y para qué? Hasta mañana.
(Está abierta la ventana;
él vendrá, sabe el camino.)
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XV.

JULIA.

Fué gran idea la mia
y me lo agradecerán,
por hoy se logró mi plan,
mañana será otro dia.
(Entra en su cuarto de la derecha.)
(Se oye cerrar con llave la puerta del fondo.)

ESCENA XVI.

MANUEL, por la parte de afuera de la ventana, oscuridad.

Ya no me sigue el Vizconde;
es mucha persecucion;
ni un inglés va persiguiendo
con más celo á su deudor.
Empiezan á caer gotas,

y ladra el perro, tableau.
Si pronto no sale á hablarme,
me cuelo dentro, ó me voy.

ESCENA XVII.

ELISA y MANUEL.

ELISA. (Por la izquierda.)
Si habrá acudido á la cita.
MANUEL. Qué fresquito corre. Adios,
ya me constipé. (Estornuda.)
ELISA. (Ha venido!
Pues aguarda, coqueton.)
Buenas noches.
MANUEL. (Es mi esposa.)
ELISA. Eres tú?
MANUEL. Sí, el mismo soy.
ELISA. Pues esta noche no subas.
MANUEL. (Canario, pues no soy yo.)
ELISA Aunque tú eres mi marido
conforme á la ley de Dios,
hasta que el otro se muera
es una inquietud atroz.
MANUEL. (Me toma por el Vizconde!
Aprieta, qué chaparron!)
ELISA. ¿Y dime, te has enterado
de si es verdad que murió?
MANUEL. (¿Y qué contesto yo ahora
si casi no tengo voz?)
ELISA. Vizconde, te has enfad ado?
pues tú eres mucho mejor
que el otro; tienes más gracia
y mucho más corazon.
MANUEL. Gracias.
ELISA. No hay de qué, es justicia.
El otro me abandonó,
y era adusto y despegado,
y aturdido y regañon.
MANUEL. (Esto no es pelar la pava,
sino otra cosa peor,
pelar el pavo, y el pavo

que está pelando soy yo.)

ELISA. Entérate de si ha muerto;
es lo importante hoy por hoy.

MANUEL. (Qué ganas de que me muera;
pues no estoy yo de ese humor.)

ELISA. Vete; si el otro te sigue
es una complicacion.
No subas. (Es la manera
de que suba.)

MANUEL. Con que no?
Pues, hija, yo doy el salto
y basta de remojon. (Salta dentro.)

ELISA. Ay, Jesús, qué atrevimiento.

MANUEL. No tengas miedo.

ELISA. (En voz muy baja.) Ah! Favor,
vecinos. (Acercándose á él.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y el VIZCONDE, por la parte de afuera de la ventana.

VIZC. Hola, ha subido,
pues subiremos los dos. (Salta dentro.)

ELISA. Aquí te espero, Vizconde.

VIZC. Ay, que me llama, allá voy.

ELISA. (Ah! él! yo debo escurrirme.)

MANUEL. (Él aquí; tambien saltó.)
(Elisa entra en su cuarto.)

ESCENA XIX.

MANUEL, el VIZCONDE y á poco PEDRO por fuera de la ventana.

MANUEL. Caballero, usté á qué sube?

VIZC. Me han llamado, vengo ad hoc.

MANUEL. He sido yo.

VIZC. Ay! qué bromitas.
Pero usted á qué subió?

MANUEL. Soy el marido legítimo.

VIZC. Usté?

MANUEL. Don Manuel Godoy.

VIZC. Y entra usté por la ventana?
Hombre, no sea usté guason,

porque es aquí tan marido
como yo que no lo soy.

MANUEL. Abajo.

VIZC. Bajemos juntos.
Va usté á engañarme si no.

MANUEL. Bueno. (En cuanto estés abajo
verás qué quiebro te doy.)

PEDRO. (Por la parte de afuera.)
Cerré todo, señorita,
duerma usté sin aprension,
aquí estoy con la escopeta
y al lado tengo al Milord.

VIZC. Es capaz de hacerme fuego;
pues ya no bajo.

MANUEL. Ni yo.
Aquí hay que pasar la noche.

VIZC. Sí, pues buscaré un sillon.

MANUEL. (Me pondré frente á su cuarto.)
Un fósforo es de rigor.
(Los dos encienden un fósforo.)
Tuvimos la misma idea.

VIZC. Bonita iluminacion.
Esploraremos la cárcel.

MANUEL. Yo aquí.

VIZC. Ya se colocó.
Yo detrás.
(Coloca el sillon de espaldas.)

ELISA. (Aparece sin ser vista.)
Manuel es este.

MANUEL. Usted ronca?

VIZC. No señor.

MANUEL. Buenas noches.

VIZC. Buenas noches.
(Apagan los fósforos.)
Dormiré como un liron.
(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

El VIZCONDE, dormido, y MANUEL.

(Al levantarse el telon aparece dormido el Vizconde en el sillon y Manuel de pie al lado del suyo.)

MANUEL. Al fin hicimos las paces;
quien me despertó fué ella.
No se ha movido el Vizconde,
bravo, duerme á pierna suelta.
¿Conque Elisa se ha reido
de mí, pero á toda orquesta?
Y la deuda era el secreto...
yo satisfaré esa deuda.
La venganza es muy sabrosa
y yo he de vengarme en regla;
ea, vamos al barbero
y luégo á escribir la esquela.
Sí, pero por dónde salgo;
está cerrada la puerta;
abriremos la ventana
que ya á amanecer empieza.
(Abre la ventana.)

No hay nadie; Pedro se ha ido,
ya pronto abrirán la verja;
cuando los trabajadores
vayan á entrar me echo fuera.
Duerme, mortal venturoso,
el sueño de la inocencia;
y lo que es la inocentada
no fué mala. Hasta la vuelta.
(Desaparece por la ventana.)

ESCENA II.

El VIZCONDE se mueve figurando que tiene frio.

Se me han caido las sábanas
ó se abrió el balcon; por fuerza,
(Levantándose.)
no estoy en mi cama! Entónces
dónde estoy? qué casa es esta?
La de Elisa, ahora recuerdo,
que subimos á esta pieza
y que bajar no pudimos
por temor á la escopeta.
Y el otro estará durmiendo;
no, pues la cuestion es séria.
Eh, compañerito, arriba;
no está; ya tomó soleta;
es claro, por la ventana,
y me la ha dejado abierta.
Pues señor, sigo sus pasos.
No muevo bien la cabeza,
he pillado un tortícólis
y se me durmió una pierna.
Pero qué remedio, abajo.
(Al estar próximo á la ventana suena la campana y retrocede.)
Canario, qué susto; aprieta,
echan la campana á vuelo,
y tiene un timbre que atruena.
¿Quién baja ahora? imposible.
(Se oye abrir la puerta.)
¿Qué es eso? andan en la puerta;

álguien va á entrar; esto es serio,
si es Pedro y me ve, me pega.
Ay, yo quisiera bajarme,
huy, el perro, qué ojos me echa.
Uno fuera y otro dentro,
qué par de perros de presa.

ESCENA III.

El VIZCONDE y PEDRO por el fondo.

PEDRO. No hay duda, era el de las barbas
que al verme tomó carrera.
VIZC. (Serenidad.) Buenos dias.
PEDRO. . Eh, quién?
VIZC. Yo.
PEDRO. (Aquí este babieca?)
Entró usted por la ventana?
VIZC. Claro.
PEDRO. Vaya una ocurrencia.
VIZC. Yo en gimnasia soy muy fuerte
y doy cada voltereta...
PEDRO. Á ver como baja usté?
VIZC. De un brinco estoy en la huerta.
(Se oye ladrar el perro.)
No puedo, me dió un calambre.
(Me va á morder esa fiera.)
PEDRO. Pues tiene usté que bajar.
VIZC. Esa es una impertinencia.
PEDRO. Quien sube por la ventana
tiene que bajar por ella.
VIZC. Daré voces.
PEDRO. No me importa,
va usté á bajar de cabeza.

ESCENA IV.

DICHOS y ELISA por la izquierda.

VIZC. (Al verla.) Elisa.
ELISA. Qué es esto?
PEDRO. Nada.

VIZC. Perico que se chancea.
ELISA. ¡Qué madrugador, Vizconde!
VIZC. La mañana estaba fresca,
y dije: «madrugaremos.»
ELISA. Tiene usté muchas ojeras.
PEDRO. Ha entrado por la ventana.
ELISA. (No ha salido, esa es la cierta.)
VIZC. Se me ocurrió.
ELISA. Es un capricho.
PEDRO. Usté es demasiado buena.
ELISA. No quiero ver caras tristes,
porque hoy estoy muy contenta.
VIZC. Ha soñado usted conmigo?
ELISA. Eso no tiene respuesta.
PEDRO. Francamente, ya es burlarse.
ELISA. Con su permiso quisiera
decir á Pedro una cosa.
VIZC. No una, sino trescientas.
(Se dirige á la ventana.)
ELISA. Quiero que sepas, Perico,
por si en negarlo se empeña,
que es mi esposo el de las barbas,
que ha regresado de América.
Viene con nombre fingido.
PEDRO. Ay, señorita, es de veras?
ELISA. Julia y yo ya lo sabíamos,
sólo el Vizconde está á ciegas.
VIZC. Ahora duerme; ese mastin
tiene mucha inteligencia.
ELISA. Conque así tú ves y callas.
PEDRO. No salgo de mi sorpresa.
Cosa más rara.
ELISA. Vizconde,
habrá esta tarde tormenta?
VIZC. No creo; no hay ni una nube.
PEDRO. En un instante se enreda.
ELISA. Ah, di á los trabajadores
que se vayan; les doy suelta,
pero les pago el jornal
aunque hagan dia de fiesta.
VIZC. Son hoy los dias de usté?
ELISA. Era el santo de mi abuela.

PEDRO. (Á tu abuela, aquí el abuelo
es el que ha vuelto de América.)
VIZC. Qué santo da el almanaque?
ELISA. Ni lo sé, ni me interesa.
PEDRO. San Benito de Palermo
si no es hoy, debe andar cerca.
VIZC. (Qué gracioso.)
ELISA. Vé y no tardes.
PEDRO. Voy más listo que una flecha.
(Anda, que el marido ahora
te acusará las cuarenta.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA V.

ELISA, VIZCONDE, y á poco JULIA.

ELISA. Nada, le repito á usté
que hoy tiene muy mala cara.
JULIA. (Por la derecha.)
¿Qué es esto? cosa más rara,
ya está el Vizconde de pie?
Cómo madruga la gente.
ELISA. Señal de que hay poco sueño.
VIZC. Así se ve tan risueño
salir el sol por oriente.
JULIA. Y sale sin arrebol.
VIZC. ¡Ay, viuda, de buena gana
tomaria una solana
á los rayos de ese sol!
ELISA. Tú no ves qué languidez
y qué aire de trasnochado?
VIZC. Claro, no me he desnudado.
ELISA. Por la boca muere el pez.
JULIA. Es usté un calaveron
VIZC. No señora, fué descuido,
porque me acosté vestido.
ELISA. (Pues, se acostó en un sillon.)
JULIA. Vizconde, llegó la hora
de resucitar á un muerto.
VIZC. Un lázaro.
ELISA. Sí por cierto.

JULIA. Que usted mató.
VIZC. Yo, señora?
ELISA. Con la lengua.
VIZC. Pues no atino.
ELISA. Mi esposo ha resucitado,
y eso que usted le ha matado.
JULIA. Y su esposo es el vécino.
ELISA. Y está aquí en Villaviciosa.
JULIA. Del de las barbas se trata.
ELISA. Tomó usté con él horchata.
JULIA. Y hace el amor á su esposa.
VIZC. Ya caigo, el que resucita
es el don Martin.
ELISA. Mi esposo.
VIZC. Pero entónces yo he hecho el oso
de una manera inaudita?
JULIA. Y el don Martin es Manuel.
VIZC. Pero qué oso!
ELISA. No tal.
VIZC. Creyendo que era un rival
hice alianza con él.
Y ustedes han permitido
que se riyera de mí?
JULIA. Nos ayudaba usté así
á castigar á un marido.
VIZC. Eso de la raya pasa.
ELISA. Perdone usté.
VIZC. (Y bien pensado
entónces él ha pasado
la noche en su misma casa!)
JULIA. No tenga usté miedo alguno.
ELISA. (Ya comprendo yo tu risa.)
VIZC. Por supuesto, usted, Elisa,
no le ha hecho caso?
ELISA. Ninguno.
JULIA. Ha estado muy desdeñosa.
VIZC. De veras? (Es delicioso;
pues él tambien ha hecho el oso
frente al cuarto de su esposa.)
Me he engañado, lo confieso.
Si usted supiera...
ELISA. Qué?

VIZC. Nada.
La revancha está tomada.
ELISA. Consuélese usté con eso.
VIZC. Ay! yo me consolaria
si Julia me diera un sí.
JULIA. Pues, hijo, lo que es por mí
mañana será otro dia.

ESCENA VI.

DICHOS y PEDRO, por el fondo, con una carta.

VIZC. (Á Julia.)
Yo siempre espero.
PEDRO. Señora,
esta carta para usté;
es del mayoral del coche,
que se la dieron ayer
en Madrid.
ELISA. Dice urgentísimo.
Vamos, ya sé de quién es,
de mi agente, que me dice
que ya tengo aquí á Manuel.
JULIA. (Al Vizconde.)
Nada, que no me recaso,
lo quiere usted entender?
VIZC. Pues bueno, seré su amigo,
el más leal y el más fiel.
ELISA. (Cayendo en la silla.)
Ay, yo me muero.
JULIA. Qué pasa?
VIZC. Algun mareo tal vez.
JULIA. Dí que la hagan chocolate.
VIZC. No, mejor sería un té.
PEDRO. Verde hay, si usted le quiere.
VIZC. No.
PEDRO. Y toma té otra vez.
(Se va por el fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos PEDRO.

JULIA. Pero qué te pasa, Elisa?
ELISA. Vamos, si no puede ser.
JULIA. Hay que avisar á su esposo.
Dónde estará ahora?
VIZC. En belen.
JULIA. Si usted quisiera avisarle.
VIZC. Vaya un bonito papel;
despues de lo que ha pasado
voy á traerlo tambien.
JULIA. Dispense usté.
VIZC. No es posible;
aunque sí, le voy á ver,
le digo que lo sabia
y que me he reido de él.
Es el modo de arreglarlo.
JULIA. Justo, y queda usted muy bien.
VIZC. Que usted se alivie, hasta luégo.
Feliz ocurrencia fué.
(Se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

JULIA y ELISA.

JULIA. Vamos, habla, qué te ocurre?
ELISA. El diluvio.
JULIA. Sí, el de ayer.
ELISA. Toma.
JULIA. Llueven cartas.
ELISA. Lee
y me lo dirás despues.
JULIA. (Leyendo.) «Querida Elisa. Sé que tu agente »te ha escrito comunicándote que volvia ar»repentido á pedirte perdon de mi abando»no y que me proponia ir á verte con nom»bre supuesto. Todo es verdad, pero una »circunstancia extraña me obliga á desistir

»de mi plan y á darte la voz de alerta. Me »consta que un calavera, que se parece mu»cho á mí y á quien varias personas han »confundido conmigo, se ha dejado decir en »el café, que le costaria poco trabajo hacer»se pasar por Manuel Godoy y hasta creo »que media alguna apuesta. Es muy atrevido, »y te lo aviso por si se presenta tomando mi »nombre: aunque ya notarás la diferencia »porque yo no tengo barbas y el sí, y yo »llevo gafas verdes, y él es muy alocado y »á mí se me ha pegado algo del carácter dulce »y tranquilo de los americanos. Mañana iré á »verte; te envio la carta por el mayoral de la »diligencia. Tu arrepentido esposo, Manuel.»

ELISA. Y qué dices, no te asustas?

JULIA. Asustarme yo, y por qué?
Quiere tomar el desquite,
y te escribe este papel.

ELISA. Tú crees? Será posible?

JULIA. Eso bien claro se ve.

ELISA. Dios te lo pague, hija mia,
vuelvo á vivir otra vez.

JULIA. Elisa, tú tienes venas.

ELISA. Luégo, que no puede haber
dos que se parezcan tanto,
es una ridiculez;
eso en la vida se ha visto;
tienes razon.

JULIA. Te diré;
el caso es inverosímil,
pero imposible no es.

ELISA. Ay, no me asustes.

JULIA. Se cuentan
casos que merecen fe,
ahí está si no la historia
de la mujer de Moliere.

ELISA. Ay!

JULIA. Y el de María Antonieta
con la del collar de aquel.
Y en Lyon aquel correo,
un modelo de honradez,

al que equivocadamente,
sentenciaron á cordel.
Y supon que no es tu esposo.

ELISA. No lo quiero suponer.

JULIA. El Manuel de pega ha sido
un marido de entremés
que ha andado á salto de mata
con peligro de la piel,
y viene el Manuel auténtico,
el solo señor y el rey
y entra por la puerta grande,
y sois felices y amen.

ELISA. Me voy á Madrid corriendo.

JULIA. Pásate por Leganés.

ELISA. Dime á qué hora llega el coche?

JULIA. Llegará á eso de las diez.

ELISA. Mira, vamos á esperarle
á ver si llega.

JULIA. Y yo, á qué?

ELISA. Es verdad, iré yo sola.

JULIA. Dime, quisiera saber...
(Entran las dos en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA IX.

MANUEL.

(La escena permanece sola breves momentos. Manuel aparece con cuidado por la puerta del fondo. Se halla completamente afeitado, lleva gafas y viste de blanco. Fingirá un pronunciado acento americano y una dulzura de carácter empalagosa.)

(En su voz natural.)
Perico no me vió entrar,
como médico he pasado;
vengo americanizado,
y acabado de afeitar.
Eh, por allí hablan; qué veo!
las dos; he llegado á punto,
ya vereis si este difunto
venga bien al sexo feo.
Hablaré conmigo mismo.

(Fingiendo dos voces distintas.)
—Le he pillado, niño, tente,
—es una broma inocente,
—no tal.—Eso es egoismo,
—yo dije que era un Martin
y Godoy. Yo aquí me encuentro,
van á salir—pues adentro.
Pero adentro, malandrin.
(Se dirige hácia el cuarto de Julia, cuya puerta cierra.)

ESCENA X.

MANUEL, ELISA y JULIA.

JULIA. (Saliendo con precaucion.)
Eran dos.
ELISA. Sí.
JULIA. Ese es Manuel.
ELISA. De blanco?
MANUEL. No tiene nombre.
JULIA. Dentro de mi cuarto un hombre.
ELISA. Calla.
MANUEL. Descubrí el pastel.
(De espaldas, figurando que habla con el que supone que ha encerrado.)
Vaya, el niño, aprovechando,
lo que se parece á mí,
ha querido ser aquí
marido de contrabando.
ELISA. Ay! son los dos parecidos.
MANUEL. Voy á encerrarle con llave.
ELISA. Soy otro caso...
JULIA. Esto es grave,
carambola de maridos.
MANUEL. Tiene barbas y yo no.
ELISA. Ay!
MANUEL. Y soy mucho más guapo,
y á tiempo cogí el gazapo,
que el Manuel Godoy soy yo.
ELISA. Mi marido es el de fuera.
JULIA. ¡Qué tonillo americano!

ELISA. Pero el otro ciudadano,
quién es?
JULIA. Toma, el calavera.
Era la carta verdad.
MANUEL. Mi mujer le ha despreciado,
todo cuanto me ha contado
es mentira y falsedad.
ELISA. Le ha contado!... me morí!
JULIA. Elisa, calma por Dios.
MANUEL. (Buen susto llevan las dos,
pero de ellas aprendí.)
Adiosito, caballero,
ya tiene encierro de balde,
voy á avisar al alcalde
por si pasa al Saladero.
ELISA. Sí, y que le ahorquen despues.
JULIA. Mírale, es su misma cara.
ELISA. Sin barbas.
JULIA. Cosa más rara.
ELISA. Pero el de adentro, quién es?
MANUEL. Ah! No habia reparado,
es mi esposa. Elisa mia.
(Queriendo abrazar á Julia.)
JULIA. Qué hace usté? Qué tropelía!
MANUEL. Pero cómo has engruesado?
JULIA. No soy yo. Toma á tu esposo.
MANUEL. Niña, perdon; soy miope.
JULIA. (Remedándole.)
Niño, me carga el arrope,
porque es muy empalagoso.
MANUEL. Elisa, tú me perdonas?
ELISA. Yo...
MANUEL. Recibiste mi esquela?
ELISA. Sí.
MANUEL. Tu vista me consuela.
JULIA. Basta ya de cucamonas.
MANUEL. Vengo á pedirla perdon.
JULIA. Oiga usté, señor Gadea
ó Godoy, lo que sea,
abra usté mi habitacion.
MANUEL. Jesús y qué gritos da.
No puedo, mucho lo siento.

JULIA. Ese es un allanamiento
de morada.
MANUEL. Sí será.
JULIA. Caballero guachinango,
usté se burla de mí?
MANUEL. Niña, no se enfade así.
JULIA. Me pondré á bailar el tango.
ELISA. Caballero, usté perdone,
yo dudo...
MANUEL. Pues haces mal.
Tanto he cambiado?
ELISA. Sí tal.
JULIA. Claro, y mi amiga se expone...
ELISA. Yo entre los dos no distingo.
MANUEL. He cogido algo el acento?
JULIA. Nada; yo dije al momento
ese es el negro Domingo.
MANUEL. Yo no me enfado jamás;
ay, ahora me sentaria.
JULIA. (Á Elisa.)
Vaya un tipo.
ELISA. (Ay, Julia mia,
me gusta el de dentro mas.)

ESCENA XI.

DICHOS y PEDRO, con una jícara de chocolate.

PEDRO. El chocolate.
ELISA. Perico,
no lo tomo.
JULIA. Vete.
ELISA. Vuela.
MANUEL. Lo tomas tú con canela?
El que yo gasto es muy rico.
Iba á pedirlo, me alegro;
trae, negrito, digo no,
la costumbre...
ELISA. Dáselo.
PEDRO. Por qué me llama usted negro?
(¿Quién será este otro moscon?)
JULIA. Si parece un monaguillo.

MANUEL. Se da aquí con panecillo?
PEDRO. Y tambien con mojicon.
(Á que se lo doy.)
MANUEL. Qué chusco.
PEDRO. Me llama; qué me querrá?
ELISA. Pero, Pedro, ven acá.
JULIA. Le gusta á usté el soconusco?
ELISA. (Á Pedro.)
Ese es mi marido.
PEDRO. Sí?
ELISA. El de las barbas no es,
le ha encerrado ahí dentro.
PEDRO. Pues
va á haber trancazos aquí.

ESCENA XII.

DICHOS y el VIZCONDE, por el fondo.

VIZC. No le hallo ni muerto ni vivo.
PEDRO. (Huy, faltaba este peal.)
JULIA. ¡El Vizconde!
VIZC. (Hola, hay visita.)
ELISA. (Va á darme una enfermedad.)
MANUEL. Dame agüita.
VIZC. (Es habanero.)
PEDRO. (Si será, si no será?...)
JULIA. Me ataca á los nervios, chica.
VIZC. ¿Quién es este original?
Parece Manuel sin barbas
y con gafas ademas.
MANUEL. El señor es el Vizconde.
VIZC. Sí señor, qué hay que mandar?
Y usté es Manuel, que ha creido
que estamos en Carnaval.
MANUEL. Creo que el niño se burla?
JULIA. Hombre, que este es de verdad.
MANUEL. Quién?
JULIA. El marido de Elisa.
PEDRO. Esto va á acabar muy mal.
(Se va por el fondo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos PEDRO.

ELISA. El señor es un amigo.
VIZC. (¿Esto es guasa?)
MANUEL. Y algo más.
Me lo ha dicho el de las barbas.
ELISA. Y tú has podido pensar?...
VIZC. (Le tutea.)
MANUEL. Y es tu esposo,
pero un esposo ilegal.
JULIA. Fué una broma.
VIZC. (Por desgracia.)
ELISA. Claro, y yo soy incapaz...
JULIA. No lo tome usted en serio.
MANUEL. Ay Jesús, que guirigay.
Que me aturden la cabeza.
JULIA. (Ponle dentro de un fanal.)
ELISA. Pero repara.
MANUEL. Cachaza,
yo no me enfado jamás;
y tomo todas las cosas
con mucha tranquilidad.
Yo creo lo que me ha dicho
el de las barbas.
JULIA. No.
VIZC. Quiá.
(Á ese señor de las barbas
le tendremos que afeitar.)
MANUEL. Tiene usté ya con mi esposa
demasiada intimidad.
ELISA. Protesto.
VIZC. Y yo, soy amigo.
MANUEL. Á usté le voy á matar.
VIZC. De veras? Hombre, qué gracia.
MANUEL. He formado ya mi plan.
Primero voy al alcalde,
porque le quiero contar
que uno ha querido usurparme
mi derecho marital.

Se lo entrego si lo quiere,
y luégo vuelvo á almorzar,
y pido á usté explicaciones
que no me satisfarán.

JULIA. Y por qué?

VIZC. Ya es una tema.

ELISA. Esa es mucha terquedad,

VIZC. Yo á quien quiero es á la viuda.

JULIA. Pero yo le he dicho, atrás.

MANUEL. Como soy en la pistola
una notabilidad,
le desafio en seguida,
le pegó un tiro y en paz.
Ya se lo he dicho á usted ántes
que yo le voy á matar.

VIZC. Pues no tendrá usté ese gusto.
(No tal, no me matarás.)

ELISA. Es necesario que adviertas...

JULIA. Hablemos con seriedad.

MANUEL. Ay, más bajo, que me aturde!

JULIA. Perdí la brújula ya.

MANUEL. Vuelvo á comer, y en seguida
digo á Elisa muy formal:
»yo volvia arrepentido,
»pero te vengo á estorbar,
»arreglamos nuestras cuentas,
»porque yo he hecho un capital.»
Y salgo á dar un paseo...

VIZC. Justo y vuelve usté.

ELISA. Á cenar.

MANUEL. Hago luégo mi maleta
y me marcho por allá. (Levantándose.)

ELISA. Ay! eso no.

MANUEL. Calma, niña,
que me voy á marear.

JULIA. (Qué lástima de cohete
por la espina vertebral.)

ELISA. Manuel, házte cargo...

MANUEL. Suelta.

ELISA. Chica, ha vuelto montaraz.

VIZC. Caballero, le repito...

MANUEL. Que le voy á usté...

VIZC. Á matar.
Me lo ha dicho usté tres veces.
MANUEL. Y lo diré ciento mas.
Adiosito, yo me marcho;
que no tengan novedad,
monigüero, patoncillo,
le voy á usté á *desguasar.*
Vuelvo; abur, hasta la vista.
(Donde las toman las dan.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA XIV.

DICHOS ménos MANUEL.

VIZC. Pues señor, estoy en babia.
ELISA. La situacion es muy grave.
JULIA. Y tan grave; de seguro
ha ido á buscar al alcalde.
ELISA. Y vendrá á casa.
JULIA. Un escándalo.
VIZC. Vaya una casa de Orates.
ELISA. Y el de las barbas ahí dentro.
JULIA. Si pudieramos sacarle. (Llamando en la puerta.
Caballero, salga usté,
que en mi cuarto no entra nadie.
Llame usté á ver si le oye.
VIZC. Le cayó á usté el premio grande.
ELISA. (Qué le habrá contado el otro?)
JULIA. Ya que no tenemos llave
se rompe la cerradura.
VIZC. Señora, eso no es tan fácil.
JULIA. Haga usté fuerza por dentro
porque vamos á salvarle.
VIZC. Creo que mueve la puerta.
Caracoles, sudo á mares!
JULIA. Ahora recuerdo que Pedro
tiene otra llave que abre.
Pídasela usté.
VIZC. Voy; dudo
que me la entregue ese cafre.
(Se va por el fondo.)

ESCENA XV.

ELISA y JULIA.

ELISA. Y tú eres de todo esto
la editora responsable.
JULIA. Y me arrepiento de todo.
ELISA. Pero te arrepientes tarde,
y Manuel por tus tramoyas
volverá á cruzar los mares,
y será ya para siempre
mi viudez irremediable.
JULIA. Perdóname, Elisa mia,
mi culpa ha sido muy grande
y yo quiero repararla.
ELISA. Pues repárala al instante.
Cásate con el de adentro.
JULIA. Agua va!
ELISA. No hagas visajes.
Manuel verá de ese modo
sus recelos disiparse.
JULIA. Pero si estoy decidida
á no volver á casarme.
Y me gusta el de las barbas,
pero esto lo digo aparte.
ELISA. El tambien te corresponde:
dice que eres muy amable,
que sólo el verte enamora,
que te conoció en un baile,
que le tomaste por primo.
JULIA. De eso hay tantos ejemplares!
ELISA. Que te convidó á cenar.
JULIA. Siendo primo, era de... hache.
ELISA. Conque ya puedes ahora
renovar las amistades.
JULIA. Qué primo será?
ELISA. Pregúntalo.
JULIA. ¿Quieres que yo me declare?
ELISA. Aquí de tu ingenio, Julia.
JULIA. Pero. Elisa...
ELISA. No hay escape,

ó te casas ó reñimos;
conque mira lo que haces.
(Entra en su habitacion.)

ESCENA XVI.

JULIA.

Francamente, hay situaciones
en que una no está en su centro
y cómo doy pie al de adentro...
Le pediré explicaciones:
caballero... llamaré;
el de las barbas; quisiera
que ahora mismo me dijera
en qué baile me vió usté.
Por qué le tomé por primo?
Yo no me acuerdo de nada,
y siempre es una primada;
no es cierto? (Á ver si le animo.)
Eh, más alto; no contesta;
yo de su bondad lo espero;
á otra puerta; caballero,
se echó usté á dormir la siesta?
Pues señor, no lleva trazas:
no responde usted; no hay prisa,
yo voy á decir á Elisa
que me ha dado calabazas.
(Entra en la habitacion de Elisa.)

ESCENA XVII.

VIZCONDE, á poco JULIA otra vez.

VIZC. Pedro se ha domesticado;
me dió la llave; eh, no está.
le abriré; salga usté ya,
marido falsificado.
No hay nadie en la habitacion;
qué cosa más sorprendente,
pero aquí toda la gente
se va por escotillon.

Tendrá alguna ventanita.
JULIA. Bien, veré si se declara.
VIZC. Julia! Si yo me ocultara,
yo á darle una bromita.
(Entra en el cuarto.)
JULIA. Nada convencerla pudo;
se empeñó; vaya si es terca;
señores, y quién se acerca
á un hombre que es sordo y mudo?
Volveremos á probar:
si no quiere usté dar gritos
diga con dos golpecitos
que me quiere contestar.
(El Vizconde da por dentro los dos golpecitos.)
Responde, gracias á Dios.
Contesta usté; no se pique
si le ruego que me explique
el primazgo de los dos.
Elisa dice que usté
se ha enamorado de mí.
(El Vizconde da tres golpes.)
Tres golpes, será que sí.
Bueno, eso yo lo veré;
y que usté se casará
en cuanto yo se lo indique.
(Suenan cuatro golpes y repique.)
Cuatro golpes y repique.
Anda, qué fuerte le da.
Ya le van á usted á abrir.
Pues va á echar la puerta abajo;
me cuesta mucho trabajo,
pero pienso reincidir.
Pasaré á estado mejor
con su cuenta, por supuesto;
y amiguito, conste que esto
no es hacerle á usté el amor.

ESCENA XVIII.

DICHOS, ELISA, y á poco MANUEL.

ELISA. (Saliendo.) Qué sucede?

JULIA. No contesta.
Ó es muy pícaro ó muy tonto.

MANUEL. (Por el fondo.)
Yo abriré.
(Permanece en el umbral de la puerta.)

ELISA. Manuel.

JULIA. Y pronto.

VIZC. (Saliendo.) Para qué?

ELISA. Qué farsa es esta?

JULIA. Vizconde, estaba usté ahí?

VIZC. Con otra llave...

ELISA. Ah, bribon!

JULIA. Se burló de mí.

VIZC. Perdon.
Ya me ha dicho usté que sí.

JULIA. Usted ha perdido el pleito,
fué al de las barbas.

ELISA. No hay duda.

VIZC. Me las dejaré, ¡ay, mi viuda,
ya mañana no me afeito!

ELISA. Debe hacer muy buen casado.

JULIA. Me retracto.

VIZC. Eso no vale.

ELISA. Y el de las barbas?

MANUEL. (Bajando al proscenio.) No sale,
porque ese ya se ha afeitado.
Ni ha habido tal encerrona,
porque Godoy y Gadea
Iturriberracochea
son una misma persona.

ELISA. Ah, tú?

MANUEL. Sí, el de la ventana.

ELISA. Chico, qué susto me has dado.

JULIA. Y al niño, qué le ha pasado?

MANUEL. Niña, se volvió á la Habana.

VIZC. Pero hay otro niño aquí.

JULIA. Pues papilla.

VIZC. Á mí, por qué?

JULIA. Amigo, porque es usté
muy poco hombre para mí.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. El almuerzo está servido.
MANUEL. Pues los cuatro almorzaremos.
PEDRO. (Hola, gorrones tenemos.)
ELISA. Pedro, mira á mi marido.
PEDRO. Sin barbas! ay, señorita,
los tiene usté á pares?
ELISA. No.
Este es aquel.
JULIA. Se afeitó.
(Se oye la campana.)
MANUEL. Otra vez la campanita.
Quítala si no te opones.
ELISA. Bueno.
MANUEL. Y regala al Milord,
porque muerde á lo mejor.
VIZC. Y puede haber desazones.
PEDRO. Ah! qué doña Cármen Pie
está loca de alegría,
que ha muerto el que usted sabia
y ya han pedido la fe.
JULIA. Cuánto me alegro. Ojo, amigo.
al malo no se le llora.
ELISA. Si se arrepiente.
MANUEL. Señora,
eso no reza conmigo.
Malo he sido; me arrepiento,
me avergüenza mi pasado;
supondré que me he casado
en este mismo momento.
Y tanto te he de querer.
que al verme tan derretido
dirán: «Ese no es marido,
es novio de su mujer.»

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

UN CHAPARRON DE LETRILLAS.	Coleccion de poesias.
ESTÁ LOCA.	Juguete cómico, original en un acto y en verso.
LADRON Y VERDUGO	Comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
LA DOCTORA EN TRAVESURAS.	Comedia original en un acto y en verso.
LA FRUTERA DE MURILLO. . . .	Comedia original en un acto y en verso.
EL MUNDO NUEVO [1].	Inocentada cómico-lírica original en un acto y en prosa.
EL JUICIO FINAL [2]. (2.ª edicion.)	Zarzuela original en un acto y en prosa.
LA CAZA DEL GALLO	Comedia original en tres actos y en verso.
LA TORRE DE BABEL.	Comedia original en tres actos y en verso.
PARA DOS PERDICES, DOS (2.ª edicion.).	Proverbio original en un acto y en verso.
EL SUEÑO DEL PESCADOR. . . .	Zarzuela en tres actos y en verso.
EL GORRO NEGRO.	Zarzuela en un acto y en verso.
EL JARDINERO.	Zarzuela en un acto y en verso.
LAS HIJAS DE ELENA	Proverbio original en un acto y en verso.
LA MUJER DE TRES MARIDOS.	Juguete cómico original en un acto y en verso.
REPÚBLICA Ó MONARQUIA? . . .	Problema original en un acto y en verso.
LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.	Comedia original en un acto y en verso.
LA REINA DE LOS AIRES	Farsa bufa original en un acto y en prosa.
LA MUJER LIBRE.	Comedia original en un acto y en verso.
UN EDITOR RESPONSABLE.	Comedia en un acto y en verso.
ROBINSON.[3] (2.ª edicion.). . . .	Zarzuela original en tres actos.
EL POTOSÍ SUBMARINO. [4] . . .	Zarzuela cómico-fantástica en tres actos, original y en verso.)
¡¡PALOMO!![5].	Humorada lírico-bufa en un acto y en verso.
EL NOVIO DE SU MUJER.	Comedia en tres actos y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando Martinez Pedrosa, música de don Luis Cepeda.

2 Música de D. Miguel Albelda.

3 Música del maestro Barbieri.

4 Música del maestro Arrieta.

5 Música del maestro Monfort.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(Adicion al mismo catálogo.)

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
›mo se guisa un conejo....	1	Todo.
ırta canta...............	1	Id.
ıda mochuelo á su olivo...	1	Id.
ı noche todos los gatos son pardos.................	1	Id.
ıtre Pinto y Valdemoro...	1	Id.
con el siglo.............	1	Id.
mar!.................	1	Id.
›s anónimos.............	1	Id.
cruz de beneficencia.....	1	Id.
abat Mater..............	1	Id.
ñorita, el general........	1	Id.
ı secreto entre mujeres....	1	Id.
·iunfo de la esperanza,,....	2	Id.
conceller y el monarca...	3	Id.
ı Beltraneja..............	3	Mitad.
·dro el sordo.............	3	Todo.
Pacífico ó el Dómine irresoluto. (Zarzuela.)........	1	L. y M.
aire de una mujer.......	1	Id. Id.
hombre es débil.........	1	Id. Id.
or de Aragon...........	1	L. y M.
ı Correspondencia de España....................	1	Id. Id.
›car el violon...........	1	Música.
ı ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
;l Teatro en 1876!!.......	2	Id.
·avesuras amorosas.......	2	L. y M.
=Perla. (Zarzuela.)...........	1	Música.
Como llovido del cielo......	3	L. y M.
La perla. (Zarzuela.).......	3	Id. Id.
La internacional...........	1	Todo.
1871-1872, revista.......	1	Id.
La sota de espadas.........	3	L. y M.
Desde el tendido..........	1	Todo.
Necesito un hombre........	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.
Favor por favor...........	1	Id.
Un manojo de espárragos....	1	Id.
Nobleza obliga............	3	Id.
El doctor virulento.........	1	Música.
La pena de argolla.........	1	Todo.
Por buscar el remedio......	1	Id.
El insurrecto cubano........	3	Id.
La caridad en la guerra.....	1	Id.
Economías................	1	Id.
La princesa de Trevisonda...		
Francia y España..........	1	L. y M.
Permítame V., señora......	1	Todo.
La encubierta ó la gitana de		Id.
Sevilla.................	1	L. y M.
República femenina.......	1	Todo.

PUNTOS DE VENTA.

;N PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores Gullon é ALGO, y en las principales librerías.

;N MADRID. En las librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya LAZA, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo, y de L. ›ez, calle del Cármen.

